

*Prof. MANUEL SOCORRO*

# RATOS PERDIDOS



TIPOGRAFIA ALZOLA  
Las Palmas de Gran Canaria  
1949

58

**FONDO**  
**José Miguel**  
**Alzola**

# RATOS PERDIDOS

Nº Lec 111321  
Nº Cop 777547



*Prof.* MANUEL SOCORRO

◆

# RATOS PERDIDOS

◆

TIPOGRAFIA ALZOLA  
Las Palmas de Gran Canaria  
1949

*J. M. Alzola*  
*Peregrina, 15*  
*Las Palmas de G.C.*



## ADIOS, LIBRITO MIO

*¿Tienes prisa? Es el gran pecado de mis libros. Estate quieto, impaciente. Son mis libros unas criaturas travisadas, inquietas, ávidas de ver la calle, de palpar el aire y la luz. Cuando están recibiendo una detenida labor de lima, que les daría una mejor presentación, tiran, tiran de la cuerda que les ata, y, apenas me descuide, la rompen y se marchan por esos mundos.*

*Pero éste, al menos, no se marcha sin unas alforjas bien repletas de advertencias. Ante todo, hijo mío, te diré, como Don Quijote a Sancho, ten temor de Dios. Al buen cristiano el sufrimiento y hasta la calumnia le dejan impávido. Todo lo convierte en su mejor servicio. No te importe nada lo que digan de tí. Porque, vamos a ver, ¿qué le añade o qué le quita a tu verdadero valor el que digan que llevas los zapatos rotos o la nariz como un pimientito? ¿Te ríes? Claro, son niñerías de críticos histéricos, que no merrecen sino la carcajada. Tu eres quien eres.*

*Cuando te pongan en los escaparates, no llames a nadie. Sobre todo, no guiñes los ojos, especialmente a señoras y señoritas, porque de éstas hay algunas muy consentidas y, al momento, se creen que quieres ir con ellas en sus bolsos para olisquear las mil cosas que en ellos llevan. Eso de olisquear las cosas ajenas, especialmente las que aún no han visto la luz pública, es de espíritus*

débiles y malcriados. El papel de duende no va conmigo ni con mis **Ratos Perdidos**.

No presumas de docto. Tu no tienes otra doctrina que la que yo te he dado. ¿De qué te envanece entonces?

Si alguien dijere, en tus mismas narices, que esto lo había dicho él, no te enfades. Recuérdale la doctrina de Averroes referente a la inteligencia común, de la cual todos los hombres participamos. Hay la duda si el filósofo exclufa a las mujeres de este comunismo intelectual.

Cuando vayas por la calle, procura ir despacio, no sea que pises a alguien. Estas pisadas librescas son muy dolorosas, si dan en algún callo.

Si caes en manos vulgares y poco delicadas, ponte a temblar. ¿Qué saben estos seres de ironías y de leer entre líneas? A veces, son tan suspicaces que se figuran que tu has salido a la calle para censurarles. Son egocentristas, que se creen ejes del mundo. Prefiere a las personas doctas y ecuanímenes. A las conocedoras de la vida, justas y comprensivas. Te dirán con franqueza que has pecado en esto o en aquello, sin asomo de pedantería erudita; sino con sencillez y afán humano de corrección.

¿Te parece largo el sermoneo? Tienes razón. Los consejos, buenos y pocos, si han de ser eficaces. Vete ya. Recorre el mundo, si puedes. Pero me temo que no vas a salir de tu Islita. No porque no quieras, sino porque no te llevan. Consuélate. Así no te mareas. El mareo produce malos ratos. Sobre todo, cuando no se trata de ese mar azul que todos vemos, sino del ambiente cargado de sapiencia de otras latitudes.

Si no tienes la fortuna de salir de tu tierra, procura no contraer la enfermedad del aislamiento. El aislamiento es fatal. Que no te vean jamás a orillas del mar, mirando al lejano horizonte, ni aún a las gaviotas que buscan juguetonas pecesillos sobre las olas. Fórgate—te sobra carácter para ello—un alma cosmopolita, abierta a los cua-



*tro puntos cardinales. Dicen que esta enfermedad del aislamiento ha sido muy corriente entre los doctos de estas islas. No sé quien fué el primero en contraerla. Lo que si sé de cierto, es que el aislamiento produce melancolias y desabrimientos, que, si vienen solos, terminan felizmente en cordura y sensatez, como le sucedió a nuestro padre Don Quijote, que como sabes, al fin de su vida, recobró el juicio, confesó y comulgó; pero si las melancolias y desabrimientos vienen acompañados de histerismo, dice un autor árabe, muy docto en medicina cerebral, que convierten la vida en un suplicio, especialmente, si no tiene uno al lado una persona que le consuele.*

*Temo por tu suerte, librito de mi alma. ¡Son tantos los peligros que te acechan! Hay por ahí tantas caras pálidas! Sigue el ejemplo de uno de tus hermanos mayores. Si alguien le hace muecas, él se muere de risa en los escaparates. Siempre tiene buen humor. Y es lo que él dice: nuestra vida de escaparate es tan aburrida que no hay que tomarla en serio. Agradece que le censuren, porque dice que si la crítica es dulzona, le produce sueño, supremo ideal de la vida; si la crítica es agria, le da risa la seriedad doctoral del que la hace; si la crítica es «objetiva», no puede evitar la tentación de echarse a bailar. La crítica que más le gusta es aquella en que su autor se detiene a explicar sus propias teorías en tono doctoral, como oyéndose a sí mismo. En cierta ocasión tuvo que llamar al médico para que le pusiera un braguero. Casi se troncha de risa. Había que ver—dice él—al domine con muceta azul, lentes caladas, meneando la cabeza, que sacudia nervosamente los flequillos del birrete doctoral, sin poderse contener en la cátedra, al explicar los espacios intersticiales del ente literario canariense. Si tu, hijo mío, tienes tal fortuna, avísame al instante, porque es una lástima perderse sesión tan divertida. ¡Son tan pocas las cosas que hacen reír ya en este pobre mundo!*

*Finalmente. No seas intruso. No vayas a donde no te llaman. Así tendrás autoridad para decir que tu propósito no es definir nada. Que no pretendes hacer literatura, ni historia, ni química, ni periodismo. Que eres un mero juguete intelectual para pasar el tiempo. O sea un **Ratos Perdidos**. Si a alguien no le eres grato, le dirás que no has entrado en su casa por tus propios pies, sino que te han llevado a ella, o la donación, o el préstamo, o las míseras pesetas. Si donado, nadie tiene derecho a decirle al burro que tiene grandes las orejas; si prestado, le llamarás gorrón y basta; si comprado, no será el primer timo libresco, y puede que tampoco el último. Así, que te devuelva tus pasaportes y te marcharás al Congo, cuyo emperador dicen que es un gran Mecenas y te dará algún coco para refrescar.*

*Adiós, librito mío. Cuidado no te constipes con tanto viento fresco.*

En Santa Brígida, día de San Gil, 1949.

# I

## APENDICES Y SUPERVIVENCIAS

En Ortega encuentro una nota muy curiosa que merece un comentario. Dice el filósofo que el acto de darse las manos en el saludo es una supervivencia de la vida primitiva.

Yo creía que eso de darle la mano derecha a una persona que nos presentan, o al amigo que hace tiempo que no vemos, era una conquista de la cultura. Un signo de amistad y convivencia. Y ahora resulta que es algo así como el apéndice, esa tripita funesta, que tan desagradables consecuencias nos acarrea a veces. La historia social, como la biología tiene sus sorpresas.

He aquí como se explica este apéndice del saludo. En la vida primitiva había guerra permanente. Todo el mundo iba armado para defenderse u ofender. El hombre consideraba al hombre siempre como enemigo. Apenas un primitivo veía a su semejante, echaba mano de las armas que llevaba escondidas, no se sabe donde, si se supone que apenas iba vestido con taparrabos. Pero cuando dos individuos habían hecho las paces, convinieron en que, como señal de amistad, el uno agarraba la mano del otro. Es decir, la mano de matar o sea la mano derecha. He aquí el origen del saludo con apretón de manos, que, hoy, en nuestra civilización tan refinada, ya no tiene razón de ser. O sea, que no es más que un apéndice, un muñón, un resto.

¿Verdad que es maravilloso? Esta notita de Ortega ofrece amenas sugerencias.

En efecto, Ortega presenta una teoría de los apéndices. Hay apéndices biológicos y sociales o históricos. Entre los biológicos está la ya mencionada tripita, que nos conduce de rondón a la clínica, cuando menos lo pensamos. Además, están las excrecencias capilares que servían de abrigo en el invierno a nuestros antepasados—recuérdese el mono que en realidad es un apéndice sustantivo—. Están ciertas glándulas secretivas que tan importante papel jugaban en la época del matriarcado, cuando la mujer asistía a las asambleas públicas y el hombre permanecía en casa barriendo, haciendo la comida y cuidando de los críos. El andar a cuatro pies, que aún se ejercita cuando están alquilados los pisos superiores. Los dedos de los pies, que le eran muy útiles al hombre, cuando tenía que subir a los árboles, ya para coger sus frutos o leña, ya para refugio en las persecuciones, pero que hoy le son completamente inútiles, a *no ser como instrumentos de mortificación*, cuando tiene callos; ciertos sonidos guturales que servían de lenguaje al hombre de las cavernas... Y entre los apéndices históricos o sociales está el actual apretón de manos, como hemos dicho, el hacer versos acrósticos y de pie quebrado, el hablar simultáneo de las mujeres, entendiéndose y contestándose admirablemente, facultad, sin duda, anterior a la torre de Babel. De seguir, la lista se haría interminable.

Un observador atento de las costumbres humanas, y con aficiones a la investigación científica, ahora que ésta está no solo de moda, sino que se ha hecho de ella una carrera con escalafón y todo, escribiría un libro muy ameno sobre estas supervivencias animales y primitivas. Y decimos **animales**, porque el hombre primitivo, sin haber sido deformado por la cultura, tiene muchos puntos de contacto con los seres que hoy impropriamente se ha dado en llamar irracionales, siendo así que estos irracionales

vienen a ser sus abuelos o bisabuelos, de los que hoy los hombres nos avergonzamos, como de unos parientes pobres.

Y termino señalando un camino a ese hipotético y futuro investigador. ¿Por qué no hacer un estudio comparativo de las costumbres animales y de las costumbres del hombre? Fíjese el lector, por ejemplo, cuando asiste a un banquete en la manera de comer de ciertos bípedos. No digamos nada de lo sabroso que sería el estudio comparado del saludo. ¿Se ha fijado el lector cómo saludan las hormigas? ¿Cómo es el saludo de los elefantes, de los gatos, de las palomas, de los gorriones, de los perros...? En el mismo apretón de manos que usa el hombre ¿no ha notado el lector una cantidad enorme de matices? Algunos, mientras alargan la derecha tienden la izquierda a las espaldas del saludado. Otros, con refinada delicadeza tapan con la izquierda el apretón de las derechas. Otros parece que se empeñan en suavizar nuestra mano con la abundancia de sudor de la suya, hasta el punto de que no estará lejos el decreto que prohíba este saludo por los millones de microbios que propaga. Otros, al estrechar la mano, aprietan enormemente el dedo meñique, como si éste buscara un subterráneo, a través del hueco formado por los otros dedos...

En fin, que la teoría de los apéndices, y, especialmente, del saludo, ofrece un campo virgen e inexplorado a la investigación, digno de ser tenido en cuenta para futuros trabajos.

## II

### DIES JOVIS

Del jueves conservo recuerdos muy gratos durante mi vida de estudiante. Los jueves por la tarde no teníamos clase. Salíamos de paseo. Atravesábamos las calles de la ciudad, muy modositos, aguantando, a veces, los **maullidos** impertinentes de los desarrapados del arroyo, y aún de alguna mocita descocada. ¿Cuál es el origen y razón de este impropio gatuno?

Paseo de Chil, carretera del Centro, paseo de San Juan o de San José, playas de San Cristóbal... He aquí los sitios a donde acudíamos en busca de oxígeno o de yodo para nuestros cansados miembros, olvidando por unas horas las odas de Horacio o las figuras del silogismo.

Ya de grande, el jueves no me ofrece otra particularidad, sino el suculento cocido que nos ofrecía este día el hotel madrileño donde me alojé una temporada.

Poco espacio ocupa el jueves en mis prematuras memorias. (Si están de moda las memorias ¿por qué no he de escribir yo también las mías, aunque sea las que relacionan con un día de la semana?) Sin embargo, tengo mi filosofía del jueves. El jueves es la cumbre de la semana. A él se llega desde el llano del domingo, por la empinada cuesta del lunes, del martes, del miércoles... en cada uno de los cuales días hay estaciones más o menos placenteras o prosaicas. ¿Quién no ha experimentado el prosaismo y desgana de una mañana del lunes? Ya el lunes por la tarde es más ameno. Romería a San Nicolás de los que buscan un cambio halagüeño de la fortuna.

Del martes no hablemos. Es el día en que las jóvenes caderas hinchén su pecho de risueñas esperanzas a los pies de San Antonio... ¿Y el miércoles? ¿Y el jueves?

La cumbre del jueves se halla batida por los rayos de Júpiter. ¿Era éste el día consagrado por el dios a sus devaneos donjuanescos? Y viene luego la vertiente del viernes y el llano del sábado. La filosofía del jueves se puede simbolizar en un triángulo, en cuyo vértice superior se halla sentado Júpiter oteando, como un benévolo pastor, los restantes días de la semana... mientras los hombres, unos presurosos y otros lentamente, suben y bajan por los catetos o se pasean por la hipotenusa.

Es el jueves el día consagrado a los ratos perdidos o entretenidos en dar salida a los óxidos de hierro, fósforo y manganeso. ¡Cuántos gases tóxicos acumulados durante la ascensión o descenso, por catetos y entre catetos, escapan por la válvula del jueves! La tempestad nace en las cumbres, lo mismo la física que la anímica y sentimental; pero la descarga no la provocan las cumbres, sino el aire caliente que sube por los valles.

Dicen que en honor de Júpiter los burros no rebuznan los jueves, ni los lagartos salen al sol, y los leones ejercitan sus nobles sentimientos perdonando a sus víctimas. En cambio, los animales de tipo poético están el jueves muy animados. Cantan más los pájaros, las gaviotas juegan más sobre las hinchadas olas, las tórtolas no cesan de gemir sobre los altos árboles...

El jueves, como un elemento químico, tiene muchas valencias. He mencionado ya la de cocido madrileño. Ahora puedo añadir la venta más intensa de sandías en el mercado, del coñac en las tabernas, del mazapán en las dulcerías, de los cocos, cuando los hay, en las fruterías, del rocío de chistes y risas de la juventud que se divierte, los paseos vespertinos de las jóvenes parejas por el Parque de Doramañ, bajo la vigilancia de su colosal y

hercúlea estatua, la sonrisa de un inglés a quien le ofrecen un ramo de rosas, la visita de una solterona que todo lo ve del color de sus gafas ahumadas, menos sus esperanzas de casarse, el maullar de un gato encerrado en una habitación, el roerse las uñas de un periodista que no encuentra asunto que llevar a sus cuartillas, el graznar de una radio con su letanía de discos dedicados, el lamento de un ciego pregonando los cincuenta iguales...

Y quiero terminar este rato perdido de un modo pedantesco. ¿A cuántas cosas no obligan los enigmas? Haré una cita clásica. No sé si fué en jueves cuando Horacio escribió aquella oda (I, 22), en que nos habla de la tranquilidad de su ánimo ante los peligros. Un hombre de íntegra vida—dice—nada le puede conmovier. La buena conciencia no teme los mayores peligros. Y, como prueba, nos habla del lobo que le salió al encuentro, mientras paseaba por los bosques de Sabina, componiendo bellos versos en honor de Lalage. Horacio, inerme, pero impávido, afrontó la presencia de la fiera. Y concluye así su oda lleno de valor y confianza: «Ya me pueden colocar en un campo sin árboles, combatido por la inclemencia del sol, del aire estivo y del implacable Júpiter... que yo seguiré escuchando, tranquilamente y lleno de complacencia, a Lalage que ríe y habla dulcemente». Cuando Horacio se encontró un lobo paseando era, sin duda, un jueves. Y así es como la rúbrica del jueves ha podido unir cosas tan dispares como el maullar de los gatos, el cocido madrileño, los devaneos de Júpiter y el reír y cantar de Lalage.



### III

## SOBRE MI ESTILO

Al correr de los años me voy haciendo vanidoso. Lo reconozco y no lo puedo remediar. Y para justificar mi vanidad echo una mirada por el mundo y me doy cuenta de que no estoy solo. Hay vanidosos y vanidosos. Es decir, que hay grados en la vanidad. Y esto me consuela, porque—no sé si me engaño—me creo que no soy el más. Hay quien rezuma vanidad por todos los poros de su cuerpo y de su espíritu. Estos llegan al colmo. ¿Tiene poros el espíritu? Por lo pronto debo hacer constar que yo quiero mis poros para emitir ciertos humores, y la vanidad la echo por los puntos de la pluma. En eso voy ganando a los que se dedican a almacenarla y parecen, por esas calles y por esos salones, pavos reales, dando que reír a los de una y otra acera.

Como sabe el lector, soy muy aficionado al estilo de **yuxtaposición telegráfica**. Me gusta decir las cosas con las menos palabras posibles. ¿Por qué? Alguien creará que por no gastar mucha tinta, por ahorrar energías a la lengua, o, tal vez, por llevarle la contraria a la prodigalidad verbal femenina. No hay que suponer cosas que no pasan por mi imaginación. Mi estilo telegráfico obedece al hábito o costumbre de no gastar energías en vano. Otros son aficionados al estilo difuso, o hablando en canario vulgar, al estilo «tirijala», o al lácteo o mantecoso, que se va extendiendo incontrolable por docenas de cuartillas, tormento de los linotipistas y alegría de los tenderos de ultramarinos, que luego las utilizan como excelentes soporíficos.

ros. Allá cada cual con su afición. Pero me atrevo a dar un consejo al que lo quiera coger. Que si tiene el tejado de vidrio y no de cemento, que no tire piedras al del vecino.

Y como mi prolegómeno resulta ya bastante lácteo, quiero que lean ustedes este parrafito de un libro mío, donde les doy una muestra de estilo telegráfico:

«Con Espronceda se entra en pleno ambiente romántico. Espronceda, vida y obras románticas. Pasiones. Deseos incumplidos. Carcajadas y lágrimas. Corazón impulsivo. Hastío y desengaños. Desesperación. Suicidio.» (¿Verdad que me salió bien el parrafito?) Como telegrama puede dar la vuelta al mundo. No se puede decir más en tan pocas palabras. Esto me llena de vanidad.

Hoy, leyendo el A. B. C., me encuentro con un artículo de Cristóbal de Castro (30 de Junio), en que este señor parece que quiere hacerme competencia. Y a eso no hay derecho. Que conste que yo he publicado mi libro primero y debió citarlo, según las leyes de la propiedad intelectual, al usar el mismo estilo. Por lo pronto que conste que yo le usé primero. Dice así: «Verano. Aislamiento. Recogimiento. Soledad de la Poesía. Poesía de la Soledad. La costumbre, loba de la costumbre».

¿Cuál de los dos telegramas está mejor? Claro que el señor de Castro tiene en su favor lo de la Soledad de la Poesía y Poesía de la Soledad; pero nadie ha tratado en estilo telegráfico lo de los **deseos incumplidos**. Eso de los **deseos incumplidos**, sólo lo puedo decir yo. Ello me recuerda aquella otra frase tan lapidaria y que define las reacciones de una vida que pasa ya de los 35: «Aún no he encontrado al héroe que cargue conmigo». Así habla Doña Sinceridad. Muy bien. ¿Por qué no pone usted en los periódicos un anuncio que diga: «Ando en busca de un héroe. Se gratificará espléndidamente a quien me lo encuentre». ¿De verdad que exige usted que sea héroe? ¡Por

Dios, vaya unos deseos los suyos! ¡Claro, como que son unos **deseos incumplidos!** Los héroes hoy son muy raros. Apenas si se dan en el toreo... porque hay cada cornúpeto que por menos que nada manda a uno al otro mundo.

Para unos **deseos incumplidos** lo mejor es consultar a un médico especialista freudiano. Si se decide, tiene que ir preparando la respuesta a esta pregunta: ¿Qué ha soñado usted, desde que siente esos deseos incumplidos? El método freudiano podría explicar también por qué ha sido escogido este parrafito de estilo telegráfico donde se hallan los **deseos incumplidos**. ¡Cómo coinciden a veces, en ciertos recovecos del camino el arte y la naturaleza, supervisadas por la crítica, con figura de mis inglesa, seca y enjuta, que todo lo mira a través de unas gafas ahumadas. ¡Todo por mor de unos **deseos incumplidos!**

## IV

### ESO, NO

Acabo de leer en la prensa algo que me ha producido malestar. No ha llegado, ciertamente, a la proverbial indignación, primero, porque el caso creo que no es para tanto y segundo, porque hoy me siento bastante ecuánime. Se trata de lo siguiente. Un señor, por suerte, o gracias a sus desvelos e investigaciones, ha inventado un proyecto para industrializar las islas hermanas de Lanzarote y Fuerteventura, al que ha dado el nombre de **Lansa-ventura**. Hasta aquí el caso no merece sino admiraciones, plácemes y enhorabuena. Todo lo que signifique elevar los valores económicos y sociales del pueblo y, especialmente, las queridas y simpáticas islas, de las cuales tan pocas veces nos acordamos los que disfrutamos de miradas más benévolas de la fortuna, nos parece digno de atención y de encomio. Pero el invento o proyecto de referencia necesita un motor de retropropulsión de trecientos millones de pesetas para su puesta en marcha. ¿Cómo arbitrarlas? Otro señor viene en su ayuda, y propone que cada español aporte 333,33 pesetas y el grandioso invento será una realidad dentro de algunos años. Tampoco me parece mal la segunda parte del invento. Trecientos y pico de pesetas hoy vienen a ser algo así como trecientos céntimos antes. Es decir seis miserables pesetas que se las gasta uno en un paquetillo de cigarros. O sea, en buena lógica, que, por no privarse cada español de un paquetillo de cigarros, se va a quedar inédito el

invento **Lanza-ventura**. Vea el lector del tenue hilo de que pende el éxito de tan grandioso ideal.

Hasta aquí, como he dicho, de absoluta conformidad con los inventores. Y, cuando este asunto se ponga en marcha, aquí están mis trecientas rubias a su disposición. Pero con lo que no estoy conforme ni mucho menos, es con que se nos atribuya **a priori** el fracaso de estos y otros prodigiosos inventos a los «dos defectos capitales de la raza canaria, es saber, su gusto por la política y la literatura». La verdad, me he quedado de una pieza. Los que nos dedicamos a la pluma somos bastante sensibles. Los políticos parece que son algo menos. Es cuestión de epidermis. Yo, que todos los años por San Pedro Mártir, sentía halagados mis sentidos con la lluvia de alabanzas a los aborígenes de las islas, alabanzas y ditirambos de los cuales yo creía que me tocaba algo, al menos, por haber nacido en la isla; yo que estoy deseando que arriben a nuestras islas muchos prohombres de la política, del saber o del arte, porque siempre se hacen lenguas del patriotismo, inteligencia y laboriosidad de los canarios, al final de los agasajos y banquetes que les damos, no puedo comprender ahora de dónde salen esos dos grandes defectos que nos atribuye el inventor del **Lanza-ventura**. ¡Gusto por la política y la literatura! Si fuera todo lo contrario, tal vez, tal vez, tal vez... ¡Qué poco sabe este señor de psicología y costumbres canarias! La política y la literatura son dos grandes exponentes de la cultura de un pueblo y no se pueden convertir en defectos, a no ser que se entienda por política y literatura lo que no es política ni literatura. Es decir, que la primera consista en el clásico mangoneo caciquil y la segunda en escribir versos a manera de jerglíficos o artículos plúmbeos que pueden ser expendidos para soporíferos en la farmacia de la esquina. O puede que dicho inventor se refiera a la combinación literario-política o político-literaria que asoma de vez en cuando a

las columnas de la prensa, en donde en forma de proyectos, reformas y mejoras se nos promete el oro y el moro, palabrería vana que nadie cree y que todos leemos con la sonrisa en los labios, o meneando el rostro y diciendo: palabras, palabras, palabras. Es decir, que dicho señor pretende atribuir a la **raza canaria**—¿raza?—el sentido pleno de aquel refrán de mucha paja y poco grano. No, no, no. Los verdaderos canarios, señor mío, viviremos, sí, algo egoísticamente, cada uno en su torre de marfil y desde ella contemplamos risueños a los sacamuelas de la política y la literatura, con una sonrisa benévola en el rostro. Pero sabemos lo que es la buena política y la buena literatura y digo verdaderos canarios, porque hay muchos canarios mixtificados o contagiados de otras «razas», tal es el exceso de inmigración que hemos sufrido en estos últimos años, que ya casi pronunciamos el nombre de isleños con cierto rubor.

Y quiero terminar este rato perdido descargándome de otro cargo que se nos hace, pero, esta vez, vamos en compañía de nuestros hermanos peninsulares o de «raza» peninsular. Nos recuerda el articulista, a propósito del posible fracaso del **Lanza-ventura**, el caso del malogrado Lacierva y del incomprendido Peral, cuyos inventos se frustraron para España por la falta de calor que les dieran los españoles. Lo mismo—dice— puede ocurrir con el **Lanza-ventura**. Puede ser. Claro que está dentro de lo posible; y ello sería muy de lamentar. Sólo nos consuela una cosa. Lo diluida que se halla esta responsabilidad canario-peninsular. Una responsabilidad repartida entre 28 millones de seres, incluso mujeres y niños, es más soportable. Algo así ocurrió con los recientes triunfos de fútbol de Dublín y París. Ha habido periodista que con este motivo ha hecho desfilar por sus artículos eufóricos al Cid Campeador, a Carlos V, a Hernán Cortés, Pizarro y todo el panteón de hombres ilustres. A mi esto ni me calienta ni me

enfría. No perdí el sueño ni la comida. Mi vanidad de español quedó intacta. ¡La parte alcuota de estos triunfos entre 28 millones de españoles es tan pequeña! Pero, como canario cien por cien, me apresuro a decir que cuando se ponga en marcha la subscripción en pro del proyecto **Lanza-ventura** se me avise unos días antes para privarme de mi paquetito de cigarros, o sea de mis seis pesetas de antes o 300 rubias de ahora.

## V

### ¿EL SEXO O EL SESO?

El conde de Romanones publica en «A B C» un artículo en el cual rompe una de sus ingeniosas lanzas en pro del ingreso de las mujeres en la Real Academia Española. ¿Por qué—dice—se les niega a las mujeres el ingreso en la Academia?

Para mí este artículo tiene más de ironía que de duda real y verdadera. ¿No sabe el señor conde por qué no hay mujeres en la Academia? ¡Vaya si lo sabe! ¡Qué se le ocultará al ladino e ingenioso Don Alvaro! Pero el temita le da ocasión de hablar de la edad de las mujeres, a alguna de las cuales el muy pícaro le llama ochentona, razón por la cual no ha de perturbar la tranquilidad de la Academia con **idilios y devaneos**. ¿Si? ¿Qué dice a esto la aludida señora? ¿Cómo reciben este argumento del conde las escritoras jóvenes? ¡Ahí es nada! ¡Idilios y devaneos! Y los hombres, los honorables académicos, unos santos de la Tebaida, que soportan el acoso de las serpientes. Como se ve, aún el conde no ha perdido el alma de diablillo enredador que siempre ha llevado en el cuerpo.

Otra cosa sería, si en pro de la mujer académica se invocaran razones de otro tipo. ¿No hay un lenguaje femenino, que, unas veces fluye con bisbiseo sentimental, otras impetuoso e incontenible, como arroyo de tormenta, otras turbulento y lleno de impropiedades en los medios populares? ¿Es que ese lenguaje femenino no necesita de los auxilios de la Academia, o sea, de limpieza y esplendor, y aún de lavado y planchado? Por lo visto el conde no ve



en la mujer sino idilios y devaneos, a no ser cuando pasa de los ochenta. ¿Se puede saber, señor conde, cuándo una mujer pasa de los ochenta?

Pero hay otra expresión más grave en el artículo aludido, y me temo que, si la mujer española, tan debeladora de sus eximias cualidades y prerrogativas, se da cuenta, le va a costar al conde un serio disgusto. «El fundamento —dice— de la negativa sólo puede ser el sexo de las escritoras y no ciertamente el seso». ¿Se dan cuenta las señoras y señoritas? El **sexo** y no el **seso**. Si esto no es una sangrienta ironía, que Dios nos venga a ver. Ironía, que, traducida al lenguaje corriente, quiere decir que lo que impide a la mujer española el acceso a la Real Academia es el seso. ¿Falta de seso en nuestras mujeres? Señor conde, por Dios, cualquier día le van a tirar piedras en plena calle.

Claro que un escritor tan espontáneo como Romanones, no se podía perder el juego de palabras tan literario **seso** y **sexo**. Esto es chispa e ingenio. Chispa e ingenio a costa de la mujer. Total, que una sola letra, la **x** o la **s**, es la que impide a las mujeres españolas el ser académicas. Aunque para nosotros el contenido de la palabra **seso** en la aludida frase, no parece tan dispar del de la palabra **sexo**. ¿El **buen seso** no es aquí una consecuencia del **sexo**? Lo malo es la generalización. ¿El **sexo**, es decir, todas las mujeres, sin excepción, se hallan faltas de seso? ¿La cordura es sólo patrimonio de hombre? ¡Hay cada veteleta con pantalones por ahí...! En buen beregenal se ha metido el conde de Romanones a sus años. Y menos mal que ha hablado sólo de **seso, edad, idilios y devaneos...** Porque, si se le ocurre hablar de la historia y psicología de las mujeres escritoras, ya podía haber pedido antes confesión.

## VII

### HISTORIA DE UNA ARENITA

También las cosas pequeñitas tienen su historia. Y pequeñita e insignificante es una arena, con la que he dado esta mañana, al ponerme los zapatos. ¿De dónde ha venido esta arenita? La respuesta es muy sencilla. De una calle, de un camino, desde el cual, dando un brinquito, saltó dentro de mi zapato. A la calle vendría transportada por un carro o por un camión desde una montaña volcánica, donde viera su luz primera. ¿Y antes? Antes, en su prehistoria, estaría en las profundidades de la tierra, hasta que Vulcano, enfurecido, la arrojara al rostro de Febo, tal vez, envidioso de su rubia cabellera.

¿Verdad que es interesante el origen de la arenita? Pues aún hay más. Esta arenita, nacida a la vida para suavizar en plena naturaleza los rayos solares, fué arrancada a su destino por el hombre con fines utilitarios. Con ella ha querido construir sus casas, pavimentar las calles, embellecer los jardines, fertilizar los campos... Pero siempre hay una arenita díscola y retozona, juguetona e inquieta, que quiere jugar al hombre una broma más o menos pesada. Y cuando el hombre, engreído con su ciencia, la oprime con sus plantas, ella se vengará. Salta y se mete, subrepticia, dentro del zapato y junto a los pies, martirizándolos, hasta impedirle, a veces, dar un paso. El hombre, lleno de cólera contra la intrusa, se vuelve a casa o se mete en el zaguán más cercano, para quitársela y devolverla al arroyo. A veces, por no someterse en la calle a estas operaciones, continúa su camino y, poco a po-

co, va acostumbrándose a los cosquilleos de la arenita, y ésta continúa también agazapada hasta el día siguiente, en que cae en la alfombra o sobre el pavimento de la habitación.

Ya tenemos a la arenita en el palacio del hombre. ¿Para vivir con él? Puede que éste sea el destino que ella soñara, pero no siempre a los osados les salen bien todos sus propósitos. Aunque la fortuna dicen que ayuda a los audaces, la experiencia nos dice, sin embargo, que hay hombres audaces que tropiezan con la pared de enfrente, rompiéndose en ella las narices cuando menos piensan. Otros se cuelan admirablemente, pero al ser vistos son arrojados por la ventana. Otros, con sus dotes adulatorias, se encaraman junto al señor de la mansión y se mantienen allí, como lapas parasitarias, llegando a compartir con el señor feudal el derecho de vida y muerte sobre súbditos infelices. La arenita, al llegar tan pedestralmente, no tenía otro destino sino, o ser barrida al día siguiente por la escoba de la sirvienta e ir a parar al cajón de la basura, o ser recogida por su dueño del suelo y colocada dentro de un tubito de cristal, si es que el dueño del pie es un idealista de esos que saben ver las cosas, no como ellas son, sino como símbolos de sus ideas y sentimientos.

¿Qué haría de esta arenita un joven romántico que la trajo del cine donde corriera una de sus aventuras? ¿Qué haría el pedagogo que la quiere aprovechar para explicar a sus alumnos los misterios de la naturaleza? ¿Qué la niña cándida e ingenua que da en guardarla como recuerdo de su paseo vespertino? ¿Qué la joven a quien recuerda su primer amor? ¿Qué el asceta a quien sirve de símbolo de sus escrúpulos de conciencia o de instrumento de las mortificaciones diarias de la vida, que, cristianamente soportadas, dan al espíritu dominio sobre las pasiones?

Podríamos ir enunciando otras posibilidades de una arenita. Pero entonces me alejaría de mi historia. La his-

toria de la arenita que esta mañana se ha metido de rondón en mi dormitorio. Esta arenita es un hecho, una realidad, tiene ya su propia historia. ¿Qué haré ahora con ella?—¡Pobre arenita mía!—le dije esta mañana casi con un leve susurro, mientras la hacía dar saltitos sobre la palma de la mano—si yo fuera poeta, ¡cómo te inmortalizaría!—Y la arenita, al oír la palabra poeta, se asustó, perdió el ritmo de sus saltos y cayó al suelo. Seguramente—me dije—a mi arenita no le gustan los poetas de hoy, porque la llamarían tal vez lágrima de volcán. Inventarían para ella piropos estrambóticos como éstos: hija desnaturalizada de una viuda de buitres, azote del cocodrilo que repta por las laderas, asesina del lobo hambriento que se la tragó en la prehistoria de su especie, cuerpo de delito de dos protozoos enamorados. Adivinando todo esto, dije a mi arenita: No tengas pena, arenita mía. Por fortuna aún no doy culto a las musas. Aún no he pensando herir las estrellas con mis sandeces. Te colocaré sobre mi mesa de trabajo, junto a la imagen de Sancho cabalgando como un arzobispo sobre su rucio, y durante las largas noches y en tus horas de soledad podrás oír el diálogo entretenido que el fiel escudero tiene con su amo en buen amor y compañía.

## VII

### ¿XENIAS O XABECAS?

*A Goethe, en su Centenario.*

Hay profesiones que se prestan mucho al chiste. ¿Quién no ha hecho alguno a propósito de los médicos y de la medicina? Nada digamos de la oceanografía. Recuérdese a Don Odón de Buen y sus hallazgos de animales antediluvianos en las costas mediterráneas.

Hoy, leyendo las Xenias de Goethe, me encuentro con la siguiente que demuestra que ya en su tiempo las excavaciones arqueológicas eran una fuente de risa, a pesar de la seriedad de que deben ser rodeadas.

*«Tampoco tragar yo puedo  
esa manía excavatoria,  
ese troglodita afán  
de escarbar a toda costa  
en la tierra como topos  
buscando vasijas rotas,  
ese puro palurdismo  
que hoy las cabezas trastorna».*

Con perdón de Goethe, no veo por qué se ha de llamar **palurdismo** el afán de excavaciones, de conocer la vida y costumbres de los antepasados, que se ha conservado bajo tierra, aunque para ello haya que «escarbar a toda costa», o a costa ajena, o del Tesoro.

Tampoco me cabe en la cabeza que se llame **palurdos** a tan infatigables trabajadores como los excavadores, cuya importante labor suele ser tan apreciada por la crítica,

la cual, cuándo siente pudor en el empleo de altisonantes adjetivos, reconoce, al menos, su ejemplar laboriosidad.

Es natural en el hombre la curiosidad por las costumbres de sus abuelos. Claro que hay abuelos que honran poco a los actuales señoras y caballeros. Ni a Don Pedro ni a Doña Andrea le hace mucha gracia, si se les dice que proceden de un mono... Pero, en abstracto, sin llegar a la individualización, la cosa varía. No es difícil encontrarse con una Doña Andrea o con un Don Pedro, que como sabios sostienen las teorías darvinianas con mucho calor. Por lo visto la vergüenza repartida entre muchos toca a menos. En cambio, estos mismos científicos se enfurecerían si se les dijese que su padre había sido carbonero. No es lo mismo el afán de ciencia que el sentirse orgullosos de la propia genealogía. ¿Por qué entonces el tachar de **palurdismo** o de **afán troglodita** al hombre de ciencia que se dedica a las excavaciones?

Hace pocos años en un pueblo de la península, de cuyo nombre no puedo acordarme, se encontraron, excavando, unos objetos que el excavador llamó **xabecas**. Aún recuerdo el júbilo que produjo el hallazgo, aún a los profanos. Es lo que yo digo. El excavador, «con troglodita afán», según Goethe, o con afán de ciencia, como me parece a mí,—toda opinión merece tolerancia y respeto—desde el primer azadazo, y casi hasta dos horas antes de acabársele la subvención que lleva en el bolsillo, ¿en qué piensa? Pues nada menos que encontrar una Venus de Milo, una xabeca, o, por lo menos, una muñeca con que jugaban los niños prehistóricos. ¿Que no ha encontrado nada de esto? ¿Que se tropezó en lo más vivo del trabajo con una piedra que necesita kifos de dinamita, o con la tibia monda de algún mulo enterrado allí por algún arriero, como dicen que le ocurrió a don Odón? Mala suerte. Pero que conste que su ideal ha quedado indemne y no puede tildársele de manía excavatoria o afán troglodita.

Otra cosa es cuando estos excavadores comienzan a hacer sus hipótesis. Hay arqueólogos y excavadores que todo lo ven por lentes arqueológicas. Cualquier gazapera de conejos la convierten en morada de aborígenes. Aún está en nuestra memoria el recuerdo de aquel señor que lleno de humos arqueológicos, dió una tarde un paseo por los alrededores de un pueblo de nuestra isla, se sentó a descansar en una cueva, se dió a pensar sobre el destino de la cueva y, sin más ni más, se dió una palmada en la frente y quedó firmemente convencido de que aquella cueva había sido nada menos que el palacio de don Fernando Guanarteme. Nada tiene de particular. ¿No es todo del color del cristal con que se mira? Y por eso, cuando el arqueólogo a que nos referimos, había preparado en su hotel un equipo excavatorio, lo había conducido a dicha cueva, tenía ya bien delineado el croquis ideal de las habitaciones particulares del rey canario, de su esposa, de los infantes, de la servidumbre y hasta de su campo de tennis, y se hallaba con los obreros en plena faena excavatoria, cayó por allí un campesino que extrañaba sobremanera aquella ampliación de su gruta, y, tirando de los pies a nuestro quijote, le hizo abrir los ojos un palmo, diciéndole que aquella cueva la había cavado él para guardar sus cabras y no para palacio de ningún rey. Pero que no se opondría a su ampliación, si él era tan generoso, pues así pondría también a cubierto de la intemperie a sus dos burros. La carcajada del vecindario aún suena por las oquedades de aquellos riscos.

Pero, hechos como éste, ni deben desalentar a los excavadores, ni deben dar al público criticón motivo para chistes, ni justifican la actitud del perro del hortelano de muchos que ni hacen ni dejan hacer, aunque, allá en sus adentros, la gloria y el provecho de los excavadores les están haciendo cosquillas.

Y con esto pretendo aportar un granito de arena—lo

del óbolo me parece muy cursi—al centenario de Goethe,  
censurando a más poder su Xenia—que es una cosa  
distinta de la xabeca—, que comienza así:

*«Tampoco tragar yo puedo  
esa manía excavatoria.....*

NOTA: Esta xenia se halla en las obras de Goethe y no cito la edición,  
la página, la línea, el tipo de letra, etc., porque padezco de amne-  
sia bibliográfica.



## VIII

### LA CIENCIA DE LA GEOLOGIA O LA GEOLOGIA DE LA CIENCIA

Con motivo del volcán de la isla de La Palma se oyen estos días y se leen muchas cosas, algunas muy pintorescas. Como siempre, lo trágico, a veces, produce lo cómico. Nada más trágico, ni más lamentable que una isla tan hermosa como La Palma se vea arrasada, aunque sea en parte, por bocas de fuego, nubes de ceniza y ríos de lava. Ante este espantoso espectáculo uno enmudece y se detiene a contemplarlo, reconociendo su pequeñez y la fuerza omnipotente del Creador de la naturaleza.

Pero, a veces, el hombre, como ser limitado que es, empieza a hacer piruetas, unas veces de tipo turístico, otras en plan geológico, otras de omnisciencia periodística, no faltando quien asume el papel de apóstol humanitario. Y, entonces, se produce lo cómico.

Ya La Palma tiene su volcán—dice el periodista—. Nada tiene que envidiar a Sicilia, al Teide o a la Formosa. Vulcano ha declarado su emergencia en las bellas Hespérides. ¿Dónde estará Hércules a estas horas descansando o comiéndose las mitológicas manzanas? Esperamos que, cuando despierte de sus días de placer, no lo pasará bien el esposo de Venus. ¡Señores con el magma que arrojan las bocas de este volcán palmero! Y eso que a Vulcano se le olvidó quitar los grandes bloques de piedra que obstruyen las bocas.

Por su parte el turista se siente en el deber de expresar su asombro. ¿Qué es el infierno dantesco ante el pano-

rama nocturno del volcán isleño? Y exhibe a cuantos topa su colección de fotografías, como documentos del buen empleo que ha dado a sus pesetas, aunque lamentando el «estraperlo» de taxistas y hospedajes. Desde luego, damos al emocionado turista toda la razón. El que no va estos días a La Palma o es un avaro, o tiene miedo o es un ser sin curiosidad humana ni estímulos estéticos y sensibles. No sé si al dilema le falta algún cuerno. El benévolo lector lo puede suplir, ya que los cuernos en lógica como en retórica, se hallan al alcance de la mano o de la fatalidad.

Pero a mí lo que me hace más gracia es el geólogo. El geólogo que no es sino una hormiga que camina sobre la corteza de la tierra, a veces en cuatro pies, y le parece que dispone de las más potentes rayos X para penetrar con su vista en las profundidades de la tierra y, sobre la base de sus superficiales observaciones, formula leyes que cree tan exactas como la de la gravedad. Hubo alguno, que hizo viaje de la Península, que debió irritar enormemente a los palmeros. Llegó, vió, volvió a ver, miró al soslayo, hizo un gesto despectivo y dijo: Esto no es un volcán verdadero. Se me ha engañado. Y tornó muy orondo a la capital de España. Pero apenas había entregado el informe, para justificar viáticos y dietas, cuando el volcán, lleno de indignación, comenzó a demostrar que era volcán, vomitando sus entrañas al exterior. La carcajada de los canarios se dejó oír en el Japón.

Otros científicos han demostrado más seriedad. Han tenido más paciencia en el ver y en el mirar. Y después de tomar el pulso al enfermo, han diagnosticado que el volcán de La Palma es un verdadero volcán, que ha cumplido con todos los requisitos que se enumeran en el Espasa, que no se trata de una simple indigestión, sino de un auténtico dolor de estómago, como el que han padecido otros volcanes. Ya es sabida—dicen—la constitución de la isla, por su proximidad al desierto de Sahara y hallar-

se rodeada de aguas atlánticas, cuya digestión a veces es muy difícil, incluso para los monstruos. Basta estudiar la historia de los volcanes. Se hallan de ordinario cerca de los mares, y al beber las aguas salitrosas, éstas como tienen propiedades purgativas, producen trastornos gástricos, incluso en estómagos que digieren los más ásperos guijarros, como el de Vulcano.

¿Cuándo y en qué época se producen estos fenómenos? Se busca el valor de H que es la única incógnita en la fórmula  $H O + \text{silice} + \text{bromuro de sodio}$ . Desde luego, los organismos, al llegar el verano, suelen padecer desequilibrios estáticos. Y de aquí que a nuestro volcán haya escogido los fines de junio, buscando sin duda, que le bautizaran con el nombre de San Juan. Como se vé, aquí la ciencia y la religión se llevan muy bien, a pesar de lo que digan algunos escépticos, fundados en la potísima razón de que Vulcano es imbautizable. Ya pueden arrojar sobre su cabeza toda el agua del Amazonas que él seguirá blasfemando y arrojando por su rajada boca todo lo que tiene en las entrañas, como buen gentil.

## IX

### ¿EL VOLCAN DE SAN JUAN?

La Palma, durante este verano, ha sido la máxima actualidad. El volcán de la hermosa isla llena todo el ambiente. Hogares, casinos, prensa, radio, viajes..., hasta el simple saludo de dos amigos que se encuentran en la calle.

Acabo de leer un artículo de Benavente con esta tesis: todos los hombres vivimos y nos movemos sobre un volcán. ¡Vaya tránsito! El que más y el que menos se halla en continuo peligro de que el volcán de sus pasiones se enfurezca un día cualquiera y convierta en lava y cenizas una larga vida de ascetismo, de ciencia o de honor de hace diez, veinte o cincuenta años. ¿Quién le había de decir a los palmeros que su simpática isla, en pleno siglo materialista, había de servir de base sustentadora a todo un orden ético humano?

Pero, siguiendo a este ilustre dramaturgo y periodista, ¿cuántas clases de volcanes no encontramos? Llevamos —es cierto— un volcán interior. Pero también es cierto que este volcán interior mío es un volcán exterior para el vecino, como el del vecino es también exterior para mí. Y cuando mi volcán está tranquilo, solamente en potencia, el del otro está en erupción y arrojando cenizas y lavas. Y es el caso que, a veces, estos volcanes de orden moral son más peligrosos, cuando están en tranquilidad aparente, que cuando por sus bocas, o por sus rajadas o poros vomitan sus interioridades. Al menos, cuando roncan, se pone uno a distancia; pero de las erupciones silenciosas

o semisilenciosas y murmuradoras ¿quién se puede librar? Los volcanes de orden moral, don Jacinto, son muy diferentes de los otros.

Como ve el lector, el volcán produce literatura y literatura instructiva. ¿Es pecado hacer literatura sobre el volcán? Desde luego, no dudamos de que la literatura volcánica no tiene nada de moral. ¡Dios no libre de una pluma volcánica!

Frente al volcán de La Palma se ha reaccionado de muy distintas maneras. Benavente lo ha hecho en un sentido ético. Los técnicos, es natural, en un sentido científico. Los políticos, haciéndose cargo de la catástrofe real que supone para la isla este malhumor de la tierra. El periodista, captando la realidad -sus cuartillas y fotos, para satisfacer la natural curiosidad de sus lectores. Pero, si cada cual ve las cosas según el cristal con que las mira, es curioso, sin embargo, la discusión entre geólogos y periodistas sobre el bautismo del volcán. ¿Cómo se debe llamar? ¿Qué nombre ha de ponerse al volcán de La Palma? Los manuales de geografía se hallan a la espera del gran acontecimiento. Tiene mucha importancia la clasificación o sea si este volcán es de tipo estraboliario, japonés o peleano. Tanta importancia tiene esto, que, cuando a uno de los técnicos se le ocurrió decir que era de tipo peleano, los palmeros, llenos de estupor, decidieron abandonar su isla querida. En cambio, cuando el volcán fue bautizado con el nombre de San Juan, no perdieron el sueño ni la tranquilidad. No así los geólogos, a quienes este asunto les ha hecho perder el equilibrio. Esto del nombre para ellos tiene la mayor importancia. Es sabido que los geólogos son nominalistas. El nombre para ellos brota de las entrañas de la cosa. Las define. Les da carácter, ser, personalidad. Y San Juan es un santo muy pacífico, muy simpático, que figura en el calendario, llevando cada año la alegría y la algazara a los pueblos y lugars

res. ¿Cómo es posible que un volcán lleve su nombre?

Se puede tolerar que Benavente haga con el volcán de La Palma piruetas ético-literarias, pero eso de entrar a saco en el santoral en busca de un nombre de santo para dar nombre a un volcán, como si fuera una criatura racional, eso, digo, no tiene justificación posible, ni en el orden científico ni en el orden cristiano.

Y si de esto quedara alguna duda, vean ustedes las consecuencias, que yo considero de las menos catastróficas. Supongamos que dentro de algunos años entrara en los manuales de geografía el volcán de San Juan. Llega un niño ante un tribunal de geografía y uno de los profesores le dice:

—Dígame usted, señor García, ¿cómo se llama el volcán de la Isla de La Palma?

El chico se queda cortado. Permanece silencioso algún tiempo, hasta que el examinador, queriendo despertar en él el recuerdo de lo que pregunta por asociación de ideas, le dice:

Si, hombre, un volcán que lleva el nombre de un Santo a quien Herodes en un baile hizo matar...

—¡Ah, si el del baile de San Vito.

Y el pobre chico tendrá que correrse mucho ante la risa de sus examinadores, algo así como lo que le ocurrió en un examen, que llaman de madurez, a un muchacho a quien le preguntaron cómo tenía los ojos la Virgen, y se dedicó a recorrer mentalmente toda la gama de colores del arco iris.

## X

### LAS ULTIMAS CONSECUENCIAS

Era imposible preverlo. Las leyes sociológicas y morales, como efecto de la libre voluntad de los hombres, parece que tienen un carácter eventual. Pero son leyes. Leyes que evolucionan, quiera uno o no, y por mucha sorpresa que nos causen sus efectos. La sociedad, los hombres de la actual sociedad, ante los destrozos materiales del volcán palmero, es natural que sientan la máxima solidaridad con los perjudicados. Exponente máximo de esta solidaridad ha sido el viaje del señor Ministro de la Gobernación y los acuerdos del Gobierno que tienden a reparar los efectos del desastre en los hogares afectados, mientras la hermandad humana acude con su generosidad a reparar los daños. Esta es una realidad consoladora que honra los sentimientos cristianos y humanos de nuestra sociedad.

Sin embargo, al margen de esta reacción que no podemos menos de aplaudir, surgen aquí y allá, algunos brotes de comicidad que no podemos desperdiciar. Aquí, para estimular la apertura de las bolsas y los sentimientos cristianos (intención digna de tono encomio, por cierto) se tilda de **burgueses** a los visitantes de La Palma; allá, se exhiben profecías medievales, de orden literario, que presagian para la hermosa isla, calamidades, como conjuros fatales de maldición. ¿Qué es esto? ¿Pesa sobre La Palma alguna fatalidad? La verdad, no nos explicamos estas conjuras de carácter literario, a no ser que se quiera hacer con ellas literatura. Y mucho menos nos explica-

mos esos anatemas de aburguesamiento y de mal humor periodístico con unos cuantos señores que les entró en el cuerpo la curiosidad de ver un volcán.

Yo, antes de caer en esta excomunión, me apresuro a hacer constar que no fui a La Palma. Me llevaron y me trajeron los ecos de sociedad de la prensa local; pero no fui. Y no me siento obligado a darle a nadie cuenta de las razones que tuve para ello. Y ahora me alegro de no haber ido; porque, lector, el estigma de tacaño burgués, que va a darse gusto so pretexto de las calamidades ajenas, es algo que no puedo soportar. Mi epidermis es demasiado delicada para que me tachen de aburguesado y de insensible ante la desgracia del prójimo.

Vean ustedes por donde ha desembocado toda esta literatura volcánica. Y cómo ha surgido otro aspecto de la misma. Queda planteado un nuevo problema de orden moral. ¿Es lícito ir a ver el volcán? El político que va remediar sus efectos, el científico que va estudiarlo (recuérdese el caso de Plinio el Viejo), el periodista que va a informar, etc. es decir, todo el que tiene funciones sociales que ejercer o fines altruistas, puede y debe ir. Pero el turista, el que va simplemente a recrear sus sentidos y obtener fotos, ese, según parece no tiene derecho a visitar el volcán. ¿Por qué? Porque no es lícito ir a recrearse en la tragedia ajena. O sea que el punto de vista exclusivamente turista, en este caso, es inmoral. Nada vale eso de que un volcán es un espectáculo de la naturaleza, trágico desde luego, pero también bello; ni eso de que se trata de una belleza natural producida por la naturaleza y, por consiguiente, por Dios, para que los hombres la contemplemos y deduzcamos de la contemplación y meditación, la omnipotencia del Creador. Esto sería una argucia de moralistas acomodaticios para justificar su morboso placer.

Parece, sin embargo, que hay una puerta abierta en



este problema moral. Cuando el turista está dispuesto a ser muy generoso. Es decir, cuando al confeccionar su presupuesto de excursión, procede de la siguiente manera:

- Capítulo I. 500 pesetas para transportes.
- » II. 200 para comidas.
  - » III. 100 para propinas.
  - » IV. 200 para refrescos y consumiciones.
  - » V. 100 para fotografías.
  - » VI. 300 para imprevistos y zuelas de zapatos, si es preciso correr.
  - » VII. 1500 pesetas para la subscripción pro damnificados.

Entonces, es decir, consignando en sus presupuestos para la subscripción una cantidad igual a la suma de todos los gastos, sólo entonces es lícito al turista visitar un volcán. De lo contrario corre uno el riesgo de que le llamen burgués sin corazón.

Así es como queda resuelto este problema moral que nos ha planteado el volcán. Algo así como se resuelven hoy otros problemas del mismo tipo. ¿Hay que sacar dinero? Saquémoslo a las gentes, haciendo que se diviertan de lo lindo con bailes y verbenas. ¿Se quiere ir a ver el volcán? Muy bien. Pues abrid la bolsa.

Nada de románticos dolores y adhesiones sentimentales que a nada conducen por muy literarios que sean. Se puede salir de casa y hacer la excursión, con tal de que se vacíe generosamente la bolsa.

## XI

### DE LAS ESTATUAS EN GENERAL

No suele ser pródiga en estatuas la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. ¿Es que carece de hijos ilustres a quienes levantar sobre los altares de la ciudadanía? ¿Es la natural apatía de su carácter la que le hace mirar con indiferencia estas exhibiciones? ¿O es que sus sucesivos dirigentes no quieren tener delante de su vista las imágenes de los antepasados ilustres para que sus propios actos acusen mayor relieve? El que quiera puede hacer más interrogantes y más hipótesis. Pero convendrá conmigo en que, en cualquier ciudad, más o menos populosa, se encuentra una estatua en cada plaza, pregonando la gratitud de los ciudadanos a sus hombres famosos o, simplemente, acompañando en sus paseos nocturnos a los guardias y serenos de servicio.

Pasemos revista a nuestras estatuas: **Cristóbal Colón, Cairasco, Don Benito, Tomás Morales, Don Fernando de León y Castillo, Hurtado de Mendoza** y... No cabe continuar, a menos que mencionemos las estatuas impersonales o temporales que se yerguen sobre las cuatro esquinas del puente de piedra, o las que rematan el frontis del Ayuntamiento. Poseemos también las muy célebres, al menos en el mundo infantil, estatuas caninas de la Plaza de Santa Ana. Y la inspiradora palomita del pilar del Espíritu Santo. Pero se comprenderá fácilmente que estas estatuas, ornamentales o de simpáticos animalitos, carecen de antropomorfismo real, no responden a hechos gloriosos realizados por hombres de carne y huesos con plena li-

bertad y responsabilidad y, por lo tanto, dignos de perpetua memoria. Son más bien un derivativo de nuestra peculiar idiosincracia, que unas veces sueña con su antigüedad canina, otras se recrea con verdadero placer estético contemplando la corona humanizada de la torre de la burocracia concejil, otras, creyendo cándidamente que nos hallamos inspirados como los antiguos profetas bíblicos.

En realidad, esta carencia de estatuas es bastante significativa. No nos importa dedicar calles a un Iturzaeta, como recuerdo de nuestra atormentada infancia, sentimos un gusto especial en atiborrar las columnas de la prensa con artículos encomiásticos, no para los que han conquistado ya un nombre, sino para aquellos que son una gran esperanza para el arte, la ciencia o la literatura, o simplemente en la artesanía; nos complacemos en llenar los pechos de encomiendas y condecoraciones de aquellos ciudadanos que se han distinguido o distinguen en las diversas profesiones. Pero estatuas, no. No parece sino como si creyésemos que eso de levantar estatuas es una cosa muy seria. Queremos, desde luego, hacer la vida agradable a nuestros ciudadanos célebres, halagamos su vanidad, mientras nos los tropezamos en la calle. Mientras viven. Pero cuando se han ido de este mundo, cuando les hemos prodigado las pompas funerarias y los múltiples y variados adjetivos de los artículos necrológicos, cuando llega la hora verdadera de las estatuas—las estatuas en vida son muy raras—, entonces aplazamos las cosas para mañana. O pronunciamos la frase canaria: **veremos a ver**, que equivale a esta otra: **si te ví no me acuerdo**.

En seguida nos damos a buscar otros héroes, aunque sean imberbes, aunque sean estudiantes de preceptiva, aunque sean simples aficionados al arte... y les rodeamos de aureolas, les comparamos con Velázquez o Berruguete, les colocamos en un altar imaginario, dándoles culto con la laudable intención de que algún día lleguen a ser

grandes artistas. El procedimiento es magnífico. Si no se siembra no se recoge. Hay que sembrar adjetivos para recoger substantivos. Pero convengamos en que el método falla con frecuencia. A veces una tonelada de adjetivos sólo nos produce un ridículo pronombre, que, absolutamente vacío de contenido, puesto que no se halla en lugar de ningún nombre, le vemos andar por esas calles, lleno de viento o pavonearse en cenáculos y ateneos donde toda vanidad tiene su asiento.

Este inconveniente se evitaría con las estatuas. Hay que levantar estatuas a nuestras eminencias por incipientes que sean. Con ello conseguiremos dos o tres objetivos. Daríamos trabajo e inspiración a los escultores, obtendríamos relieve y substantividad—los adjetivos, aunque sean por toneladas se los lleva un ligero vientecillo—a los hombres y niños que aspiran a la inmortalidad, adornaríamos nuestras plazas y avenidas que pecan de demasiado serias y prosaicas, recrearíamos a los ciudadanos afinando sus gustos artísticos, especialmente a aquellos que no son tan aficionados al cine o a los deportes, y se ven obligados a pasar y repasar las calles, y, por último evitaríamos la desaparición—caso muy lamentable—de muchos hombres que hoy reputamos como verdaderos genios. La piedra, el mármol y el bronce son bastante duraderas en nuestras latitudes, a no ser que les inflijan una muerte violenta, lo que no suele ocurrir entre nosotros, ciudadanos pacíficos. Todo lo más que puede ocurrir, el mayor peligro que amenaza a las estatuas es el cambio de Ayuntamientos. Puede suceder que nos venga alguno iconoclasta y, así como cambia el nombre de las calles, no deje tampoco estatua con cabeza. O también que para la erección de estatuas se nombre una Comisión que yerre en lo relativo al emplazamiento, como ocurre con la estatua de Don Benito, que, por estar colocada a espaldas del mar, está a punto de desaparecer.

## XII

### EL BUSTO DE COLÓN

Para mí el busto de Colón es una prueba evidente del altruismo canario. Se ha calumniado al canario diciendo que es un egoísta, o sea, que no se mueve sino en interés propio. Se ha dicho que Las Palmas es una ciudad de exportadores, de industriales, de comerciantes, de fenicios. Y se ha atribuido este carácter egoísta a influencias internacionales, especialmente inglesas. Esto es falso y absurdo. El canario será un carácter retraído, de escasa vida de sociedad, ansioso de crearse un porvenir, muy aplicado a sus asuntos; pero, cuando llega la hora, demuestra sentimientos nobles y elevados.

Colón es un valor universal. Si tiene en la historia de España una categoría de primer orden, a nosotros, como canarios, nos toca participar de su gloria de un modo especial por haber visitado nuestra isla, eligiéndola como estación de su viaje oceánico en busca del nuevo continente. Es decir, Colón es para los canarios un turista muy distinguido, no de esos que viajan por placer, sino impedidos por un destino superior y divino. Por eso Colón no se detiene en Triana—la Triana de aquellos tiempos—a comprar chucherías exóticas, sino que su cansina caravana deja atrás los arenales de la Luz y se dirige sin titubear a la ermita de San Antonio Abad, para orar y recobrar fuerzas en contacto directo con la Divinidad que le impulsa. Es un nuevo Eneas en constante contacto con Dios y sin los devaneos que se cuentan del piadoso pagano. Yo no he perdido la esperanza de que en la pléya-

de de poetas, que surgen cada día por estas latitudes, nos sorprenda cualquier día uno trayendo entre sus manos «La Colombiada» o «La Colombina», la gran epopeya que todos ansiamos, donde se canten las glorias ingentes de la España descubridora y civilizadora de medio mundo.

A la luz de esta doctrina y de estas esperanzas, ya se puede suponer cuánto honra a los canarios el busto levantado a Colón en agradecimiento de habernos visitado. Y es lo que me decía un amigo:—¿Le parece a usted poca gloria para Gran Canaria figurar en todas las historias en que se hable del gran descubridor?—Además, añado yo, Colón hizo la ruta de América descansando en nuestra isla, y, aunque un sólo acto no hace costumbre, desde entonces, los que van a América, se ven obligados a tocar en Canaria. ¿Sería hoy el Puerto de la Luz lo que es si Colón no hubiese pasado por aquí? Y si no hay Puerto de la Luz no hay gran ciudad ni aún Gran Canaria. Naves y aviones siguen con especial interés la huellas del gran navegante.

Por eso no nos extraña que se diga que las Canarias son la antesala de América. Los colonizadores, antes de civilizar a América, ensayaron aquí sus métodos. El arte de América pasó antes por aquí. Es más, se cree que los americanos pre y postcolombinos tuvieron su comercio con los canarios. Y me extraña que cuando se piensa fundar en las islas una gran empresa no se piense siempre en la influencia que puede tener en el continente de enfrente. De hecho recuerdo que no hace mucho hubo el propósito de fundar un gran periódico pensando muy sedadamente en lectores americanos.

Maravillosa y omnividente la decisión de nuestros mayores al erigir el monumento a Colón. Convencido de ello y confiado en la vida de piedra que llevan las estatuas, que en ciertos momentos responden a las sugerencias que se les hacen, me atreví a entrevistarme con el gran almi-

rante, con objeto de obtener algunas declaraciones, de gran interés en estos momentos.

Paisaje: noche de luna, suaves brisas marinas, silencio y recogimiento. Ni hombres, ni perros, ni gallos, ni cabras, ni carros, ni guaguas. El Gabinete parecía un panteón. Me siento frente al erguido busto. Estilográfica y cuartillas. Espero. Y al terminar mi esperanza me atrevo a decir:

—Almirante, dígame si está satisfecho de su vida de estatua entre los canarios.

—No del todo. Paso muchos días de soledad. Días de hastío. Muy vulgares. Antes había aquí algunas tocatas de la banda municipal, acudía bastante gente a dar vueltas por esta alameda. Se oían risas y algazaras. Hoy todo esto parece un cementerio. Los árboles han perdido su cabellera, los bancos, cuando están ocupados, lo están por soldados y niñeras. La vida ciudadana se ha desplazado a otras zonas. Hasta las fiestas anuales, llamadas de la Raza, han desaparecido. Usted no sabe el placer que sentía yo el 12 de octubre de cada año. Venían los niños de las escuelas con banderitas, se oían discursos y poesías sobre hispanidad y las veinte naciones hijas de España, y hasta me tiraban pétalos de rosa los angelitos. Ahora, todos los días del año son iguales. Grises a más no poder. Pasa la gente a sus asuntos sin mirarme siquiera. Mi vanidad de descubridor ha sufrido un rudo golpe. Me siento aquí muy solo y muy olvidado. Es mi sino. Descubrí un mundo, y desde él me trajeron al viejo encadenado. No me extraña que los canarios paguen con el olvido la simple visita que les hice.

—¿La emoción más grande de su vida de estatua?

—Hace algunos años celebrábase en el vecino Gabinete un baile de etiqueta. Yo, como buen italiano—¿soy yo italiano?—me extasiaba oyendo los rítmicos compases de Strauss. De repente se produce un alboroto a mi alre-

dedor. Unos mozalbetes me toman como trinchera mientras lanzaban piedras contra otros. Pero éstos que no eran zurdos las tiraban contra sus enemigos y contra mí que no lo era. Una de ellas vino a caer contra mi oído, dejándome sin sentido pétreo. Sentí un dolor tan agudo y tal vértigo, que casi doy en el suelo. \*

—¿Su alegría mayor?

—Cuando un día los niños de la escuela más próxima tomaron mi monumento para evacuatorio y un guardia les zurró de lo lindo, dándoles una lección de buena crianza. Como usted ve mis anécdotas todas son de niños, pues en los grandes no hay que pensar.

—¿Cómo ve el porvenir?

—No siento ilusiones. Dicen que van a reformar mi alameda. ¿Qué harán? Esto me hace temblar. Ya sabe usted que las reformas producen molestias. Las estatuas, además, somos tradicionalistas. Cobramos amor a cuanto nos rodea y tardamos muchos años en hacer amistad con los nuevos huéspedes. Un pajarito, que todos los días canta a la misma hora en ese árbol de enfrente, es para mí una delicia. Si ese árbol desaparece—y desaparecerán todos, si Dios no lo remedia—es un encanto que se me va para siempre.

—¿Le visitan muchos turistas?

—¡Ay, amigo! El turismo huele a negocio. Si se cobraran unos céntimos por venirme a ver, de seguro que el turismo sería encauzado en este sentido. Parecía natural que el monumento, que se erigiera al descubridor de América, fuera tan suntuoso y de tal belleza artística, que atrajera las miradas del turismo internacional. Un pueblo que sepa aprovechar esta fuente de ingresos hubiera organizado aquí una ruta de Colón que despertara curiosidad en los viajeros. No ha sido así. Mi monumento es tal que no merece la pena de verlo. Algunos van a ver una lápida que me han colocado en el frontis de la ermita de



San Antonio Abad; pero a este lugar nadie es conducido.  
¿Y para qué? ¿Para hacer el ridículo?

—Pero tiene usted delante, al alcance de sus sentidos una docta casa.

—Es cierto. Aunque parafraseando lo del poeta, **docta cuando Dios quiere**. Pregúntele a mi colega Cairasco que entiende de doctorados más que yo.

Y dí por terminada mi entrevista, para dirigirme a la cama y seguir soñando, cuando Dios quisiera enviarme el sueño reparador.

## XIII

### EL BUSTO DE CAIRASCO

Como no lo he dicho antes, creo mi deber declarar al lector que me ocupo de las estatuas, no sólo porque el tema me seduce, sino con un fin educativo. Es un crimen que, cada día pasen por delante o por detrás de nuestras estatuas, miles de hombres, mujeres y niños sin alzar la vista hacia las mismas, o, al menos, con glacial indiferencia. Eso arguye en un pueblo falta de patriotismo, de sensibilidad artística, de gratitud ciudadana. Tenemos que empezar otra vez por aquellos tiempos de que nos habla el «Juanito», de nuestras extinguidas escuelas, en que el papá, acompañado de Juanito, pasaba junto a una estatua o junto a cualquier otro monumento, saludaba sombrero en mano al glorioso personaje de piedra y, sin que el niño sintiera la menor curiosidad, comenzaba el papá a explicar a su hijo la vida y milagros representados por él. Mira, hijo mío, le decía, esta estatua fué colocada aquí el año tal, en honor de Don Fulano de Tal, gran bienhechor de nuestra Patria. Y el pobre chico, que había venido a la Capital para extasiarse en las cosas bonitas de que había oído hablar, recibía a cada paso una serie de lecciones patrióticas y morales que oprimían su alma como una losa. Con ellas su padre se sentía satisfecho, porque estaba persuadido de que harían de su hijo el día de mañana un hombre de provecho.

¿Cuántos ciudadanos y no ciudadanos, de estos días que vivimos, se han fijado en el busto de Cairasco, conocen su biografía y se han sentido llenos de admiración

por sus obras de gran canario? Para ellos escribo y para el cajista que compone este libro.

Cairasco tuvo más suerte que Colón. Su plaza es más céntrica, su monumento, rodeado de flores, está más cuidado y el lugar es más frecuentado. ¡Privilegio de los poetas! Colón descubrió tierras, Cairasco, en famosos esdrújulos, cantó las bellezas de nuestros más hermosos paisajes y localizó las milicias celestes en estas islas, que por él cuentan con un título más para llamarse Afortunadas. Con razón le loó Lope de Vega y le colocó Cervantes en su «Canto de Calíope», donde nos habla de la «nueva musa extraordinaria» del gran poeta, mereciendo que el nombre de la Gran Canaria por él figure en la historia literaria de nuestros mejores tiempos.

En unas de estas noches estivales, que siguen al día, que volcánicos han dado en llamarse, me acerco al busto de nuestro vate, seguro de que su lengua de piedra responderá a mis preguntas. Mis intenciones son buenas y Dios las favorece. El hablar de las estatuas tiene ya un famosísimo precedente en el «Convidado de Piedra» que me allana el camino de la verdad literaria. Si la estatua del Comendador pudo hablar e incluso comer, ¿por qué no hablar y expresar sus sentires nuestras estatuas, emplazadas, sino en un monumental templo sevillano, en un islote en medio del Atlántico evocador?

—Dígame, ilustre poeta, cuál es su recuerdo más triste de su vida de canónigo?

—¿Por qué el más triste, señor? A una distancia de siglos, se recuerdan más las alegrías que las tristezas. Pero seré cortés con su pregunta. Mis momentos más tristes no fueron, como vulgarmente se cree, las reuniones capitulares, de las que huía con algún pretexto, sino el tintineo de la campanilla que me llamaba a coro. No por las siestas que deshacía, sino porque me interrumpía los ratos de inspiración al escribir mis obras. Sin embargo, del

diario cantar de los oficios divinos salió mi «Templo militante», que, como usted ha visto, se inspira en el santoral católico.

—¿De modo que mientras los demás cantaban usted esdrujuleaba?

—No puedo negar que pensaba en mis ritmos favoritos. Casi puedo decirle que el final esdrújulo de mis versos tiene mucho de parecido al final de los himnos cristiano-latinos. Espero que usted comprenderá que no falté a mis obligaciones de devoción y recogimiento, ni creará en el chiste tan vulgar de que nuestras oraciones se enredaban en las palmeras de piedra del techo de la Catedral.

—¿Se halla usted satisfecho de su obra poética?

—Le hablaré francamente. Desde estas alturas del siglo XX la lectura de mis poesías es un verdadero heroísmo. Nadie me lee, y con razón. Y esto ocurría también en el siglo pasado. No sé si usted ha oído hablar de la tertulia de Don Juan de León y Castillo formada de **incondicionales**. Uno de ellos—dice don Julián Cirilo Moreno en su Obra «De los Puertos de la Luz y de Las Palmas», publicada por el Gabinete Literario, con prólogo de don Simón Benítez—se las echaba de literato. Hablaba de Cairasco y del «Templo militante» y ponía por las nubes la inventiva de los esdrújulos. Pero no pudo menos de tragar saliva cuando don Juan, y con él los **incondicionales** a coro, le dijeron que no me había leído. Así es este crítico del XIX y así son los críticos del XX. Hablan de mí y de mis esdrújulos, pero no me han leído. Y eso que algunos hasta se las echan de investigadores y de haber hecho descubrimientos sensacionales.

—¿Podría contarnos alguna otra anécdota referente a su obra?

—Un caso bastante reciente que aclara lo anterior. Se han empeñado algunos críticos en adjetivar la poesía canaria. Y es para morir de risa, si uno no fuera de pie-

dra. Creo que usted conoce el invento del aislamiento. Dicen que yo fui el primer poeta aislado, y discuten entre ellos quién fue el primero que vió mi aislamiento. Como chiquillos, señor. Y yo puedo decir que nunca me sentí aislado y sí muy contento en mi isla y en mi ciudad, como en un trono al que rinden homenaje día y noche las olas del mar. Ya en mi tiempo se decía que vale más estar solo que mal acompañado. Y en verdad, hay por ahí cada moscón...

—¿Dígame, Cairasco, le gustan a usted las citas?

—Por Dios señor, se olvida usted que, aunque soy de piedra, no es nada decoroso...

—Perdone, no me refiero al sentido vulgar de la palabra. Es algo incompatible con su dignidad y vida actual, aunque bajo esos paraguas multicolores habrá usted oído y presenciado muchas cosas. Me refiero a las citas que se hacen en las críticas y alusiones a las obras literarias.

—¡Ah, se refiere usted a la manía de citar autores y autores, estilo alemán, para demostrar erudición, para dar autoridad a lo que se dice, o, simplemente, para que no pase como propio lo que otro ha inventado quemándose las cejas. Las citas bien administradas son excelentes. A veces, necesarias, por exigirlo así la honradez del escritor. Pero cuando se exigen por vanidad y deseo de ver el propio nombre en letras de molde. En mi tiempo apenas se hacían otras citas que las evangélicas y patrióticas o de autores muy famosos. Hoy un don Nadie, con título pomposo de investigador, pretende hasta que le han adivinado los pensamientos. Y si casualmente coinciden con él en algo, dice que le han plagiado. ¡Cómo se disputan las gentes unas miserables migajas! Signo de los tiempos atómicos! Precipitación, falta de plomo, osadía, vanidad, histerismo y charlatanería.

—Se ve que usted se halla al tanto de la vida actual.

—¡Y tan al tanto! Antes aludía usted a los paraguas.

¡Oh dichosos paraguas! ¡Entre sorbo y sorbo, se dice cada cosa! A veces echo de menos uno que me cobije, sobre todo, cuando cae granizo

A mis espaldas hay una casa que cifra su mayor orgullo en contemplar mi busto. No sé si será porque soy poeta, y, ellos, los concurrentes son literarios. Desde luego hay que convenir que se merecen el título por las obras que publican, por las conferencias que organizan y por las continuas tertulias de carácter científico y literario en sus salones y patios. Esto da tono a la ciudad y me satisface ser como el vigía eterno que preside y aviva este fuego sagrado.

—¿Le agradecería que el Gabinete editara una selección de sus obras, especialmente cuanto en ellas acusa contacto y refleja alusiones a Canarias, precedida de un trabajo biográfico y crítico?

—Sería una labor magnífica y que—modestia aparte—me agradaría muchísimo. Mucho más que eso de que usted me habló antes. O sea de que todo el que pase por delante de mi busto se quite el sombrero, si lo lleva, o que me visiten sociedades y escuelas con banderitas, pronunciando discursos más o menos llenos de adjetivos, o que los turistas pregunten por mi nombre y me dispares continuamente sus máquinas fotográficas. Debo añadirle que me cargan enormemente los papás y los Juanitos que usted añoraba antes. Por Dios que no vuelvan esos tiempos soporíferos.

—No quiero molestarle más; pero le suplico que me diga cuál ha sido su mayor emoción en su vida de piedra.

—La tuve el día que se instaló en aquella esquina el surtidor de gasolina, ya felizmente desaparecido.

Y esta desconcertante respuesta puso fin a mi entrevista con nuestro altísimo poeta.

## XIV

### LA ESTATUA DE DON FERNANDO

*Don Fernando de León y Castillo* goza del privilegio de una verdadera estatua. Una estatua de cuerpo entero y en bronce. ¿Es que su gloria es más duradera? ¿O es que la política ha escogido para sí la mejor parte? Es, sencillamente, que la estatua de Don Fernando ofrece toda una historia, con sus ribetes de tragedia.

Don Fernando, antes que estatua fué busto. El tal busto fué hecho según nos dice Don Cirilo Moreno en su obra «De los Puertos de la Luz y de Las Palmas»,—por un joven portugués, de la isla de la Madera, muy simpático y muy listo, que pasó aquí una temporada, sufriendo los azares de la fortuna, mientras intentaba embarcar para América. Añade don Cirilo que dicho busto fué adquirido por «todos los caciques, prohombres y gente de fila del partido (de Don Fernando) para probar su adhesión» «Por legiones—añade—acudían a adquirir el busto, cuyo precio era de medio duro; y hasta de Mogán pidió Marcelino su par de docenas para repartirlas él y Jorgito con sus afiliados. Y no era el sentimiento artístico, sino la del incondicionalismo, característica que distingue al Partido, más pronunciado entonces, cuando Don Juan mandaba de modo absoluto. Que se entrara en la casa de un afiliado y con el busto no se topara, era poderosa causa para dudar del civismo del dueño».

Pero aún más pintorescos son los orígenes de la estatua de Don Fernando. Así nos lo cuenta el mismo Don Cirilo en el capítulo «Lo de las estatuas», de la misma

obra. Nació la idea en la tertulia presidida por Don Juan. «Los puntos fijos—dice—que no perdían ninguna noche eran, primeramente, el Alcalde Don Fernando Delgado, prosélito recientemente arrancado al error moderado; Don Nicolás Massieu, incondicional de triple expansión, todo de Don Juan; Millares, padre, incondicional de cuenta y razón; Ferreol Aguilar, admirador del talento del Jefe, con lo que se pescara en el camino, y Paco Morales, todo fervor y entusiasmo por Don Fernando». En una de estas noches fué tal el entusiasmo de Paco Morales que ante la admiración de sus oyentes pronunció un panegirico en loor de Don Fernando que terminó con el siguiente párrafo: «No pagará la Isla y la Ciudad misma los beneficios de tan alta monta que debe a un gran hombre, gloria de su patria y de su nación, si no se apresura a erigirle una estatua. Propongo, pues, al señor Alcalde que está presente, el patrocinio de la idea y que tomemos nosotros la iniciativa de una subscripción». La idea fué aceptada con entusiasmo entre brindis y aclamaciones; pero Don Nicolás Massieu quiso extender sus beneficios, proponiendo otra estatua para Don Juan, o, al menos, que se formara un grupo con los dos hermanos. Se opone Morales diciendo que Don Fernando «es una figura nacional» mientras que Don Juan si bien «es un perfecto patricio y distinguido profesional, sus méritos no salen del campo de la localidad». Y Don Juan que presidía ¿qué actitud tomó? Don Juan decía al Sr. Massieu que era un bobo y que se dejara de eso; pero interiormente... ¡Ah! interiormente es lo que comenta Don Cirilo, no le daría un puntapiés a la estatua que se le ofreciera. Por otra parte «el tipo de Don Juan, guapo de rostro y gallardo de cuerpo, como un ateniense, hubiera presentado mejor modelo que el de Don Fernando, de rostro basto y cuerpo pesado, como un macedonio o un beocio». La reunión se disolvió, después de nombrar una comisión que estudiara el asunto.



¿Consecuencias? Don Cirilo las sintetiza en una sola palabra: **la debacle**. La cuestión de la estatua fué el origen del rompimiento de los dos hermanos. ¡Oh vanidad de vanidades y ~~todo~~ vanidad! Nada dejas incólume. Don Juan se quedó sin estatua y a Don Fernando se le erigió mucho más tarde; pero no por aquellos incondicionales, sino por el agradecido pueblo canario.

Se ha hablado últimamente de cambiar el lugar de su emplazamiento. ¿Por qué? Se le colocó en el Parque de Doramas, porque estaba mucho más cerca de su gran obra, el Puerto de la Luz. Desde allí presencia día y noche los copiosos resultados de su preciosa labor: el Puerto de la Luz. El ir y venir, del Puerto a Las Palmas, y viceversa, de miles y miles de vehículos, signo del gran desarrollo en todos los órdenes de su Isla. Pero ¿se fijan en su figura los ciudadanos? ¿Se le tributa el homenaje de admiración y gratitud que él se merece? ¿Ocupa el lugar preeminente a que es acreedor, sin que se le reste el menor de los honores? ¿Se trata de un sitio adecuado que sirva de fondo a su arrogante figura de patricio, de político y de diplomático?

Algo raro nos ocurre a los canarios con respecto al emplazamiento de las estatuas. Aún vibran en mis oídos los ecos de la discusión habida con motivo del emplazamiento de la estatua de Don Benito. Hubo opiniones para todos los gustos. El torneo de artículos en la prensa era interminable. No faltó quien propusiera que el lugar más adecuado para colocarla era Los Pechos de la Cumbre, frente al Nublo, a donde, como a una nueva Meca, podían acudir sus devotos en larga caravana a rendirle el tributo de admiración, lejos del mundanal ruido. Y tanto se discutió, que se perdió la noción del gusto y de la realidad, sufriendo la bella estatua de Victorio Macho las consecuencias de una disputa sacada de quicio. Hay ciertamente que convenir que no hubo acierto tampoco en el

emplazamiento de la de Don Fernando. Le achica el paisaje que le sirve de fondo, y parece un dios de jardines que, contrariado y ofendido, les vuelve la espalda y se pone a mirar el horizonte. Por eso celebraríamos que se buscara un emplazamiento más adecuado.

¿ Como buen político, accede gustoso a la entrevista que de él solicitamos, a altas horas de la madrugada, cuando apenas se oye el soñoliento rodar de vehículos por la carretera.

—¿Qué haría el gran político si de nuevo se le permitiera volver a actuar? ¿Está usted satisfecho de su obra en pro de la nación y en pro de su tierra natal?

—Tira usted a fondo. La experiencia enseña muchas cosas y los fracasos más. Serví a mi Patria con entusiasmo; pero en política, esa política que hoy felizmente se va olvidando, no siempre se hace lo que se quiere. En tonces para conseguir algo, había que ceder también algo. Se ha criticado mi actuación y no siempre con benevolencia. Las circunstancias se imponen. Hay que juzgar los hechos dentro del ambiente en que se actúa. ¿Se ha pensado cuál era el ambiente de París y el ambiente europeo en aquellos tiempos en que España se hallaba en liquidación? A veces una labor meramente defensiva, que hace abortar las intrigas más astutas, tiene más valor—el valor del sacrificio y del renunciamento—que las más aparentes victorias diplomáticas.

En cuanto a mis queridas islas los hechos son bastante elocuentes. Vea usted el vertiginoso desarrollo de la vida canaria. ¿Qué era esta ciudad hace noventa o cien años? Un pueblo casi en medio de un paisaje semidesierto, que apenas tenía otro valor que el atractivo de lo exótico. Hoy es una gran ciudad, gracias al Puerto de Refugio, del que me cabe la gloria de haber sido el propulsor y creador, con una visión de profeta que nadie me puede discutir.

—¿Tendría usted que vencer enormes resistencias especialmente de la isla hermana?

—A estas alturas causa risa esta rivalidad, que llenó de incidentes la vida insular, lustros y lustros. No puedo menos de sonreirme cuando recuerdo estas minucias. ¡Cómo la gozábamos! Cuando yo conseguía una escuela para Mogán, ellos protestaban y conseguían otra para Garachico. Ya los ministros estaban preparados para la compensación. Al concedernos a nosotros un faro, el ministro quedaba preparando una orden concediéndole a Tenerife un camino vecinal. De lo contrario la palabra **despojo** no cesaba de aparecer por los periódicos.

—De todas maneras la política nunca dió el paso decisivo de la división de la provincia.

—Ese es uno de los cargos más graves que se me hace. Era un asunto muy difícil. ¿Qué se podía dar a los tinerfeños a cambio de la división? Nada. Hay que convenir que la política ata las manos. Era necesario que viniera la dictadura, en que el politiquero estaba cesante, para que se nos hiciera justicia. Lo confieso. Pero los cimientos de la nueva Provincia fueron colocados por mí. Sin puerto no habría gran ciudad, y sin gran ciudad, no habría independencia provincial. ¿Lo ve usted?

—¿Está satisfecho de su vida de estatua?

—Disfruto bastante, a pesar del polvo que cae sobre mí y de las desconsideraciones por parte de chicuelos y mozalbetes, que ignoran las buenas formas que se deben a un monumento. Me llena de orgullo el presenciar la llegada de grandes transatlánticos al Puerto de la Luz y las interminables caravanas de turistas que desfilan por aquí.

—¿Su mayor emoción?

—Cuando ví pasar, por delante de mí, mis restos mortales camino de la Catedral. Créame, a pesar de ser frío bronce un frío estremecimiento me sacudió. La actitud arrogante de mí ser de estatua tiene que chocar con la

humildad de mis cenizas y con la seriedad sepulcral del monumento que para ellas se ha destinado. ¿No se ha fijado usted? Visite la Catedral y véalo. Aquel sepulcro es demasiado austero y poco evocador. A su lado no se siente la emoción de grandeza y grandiosidad. Yo me merezco algo más. Más bello y monumental.

—¿No tiene alguna impresión que comunicarme?

—No. Gracias. Aunque algo me hiela cada vez más el corazón y me voy a permitir decirlo por si siento algún alivio. Ya sabe usted que los políticos somos vanidosos y créame que me duele que mi pueblo natal, Telde, se haya contentado, hasta la fecha, con tributarme el mismo homenaje que los demás pueblos. ¿Qué pueblo de Gran Canaria no ha dedicado una calle a León y Castillo? De Telde esperaba yo algo más. Un gran monumento, digno de mi fama y de mis servicios. En fin, paciencia y... Casi me arrepiento de haberle hecho esta confianza.

El día se me venía encima y decidí tornar a mis lares. Era preferible caminar que hacer cola para la guagua.

## XV

### LA ESTATUA DE DON BENITO

Don Benito y el mar. Cualquier forastero, que haga una visita al muelle de Las Palmas, no podrá menos de preguntarse ¿era Don Benito un amante del mar? ¿Qué papel juega el mar en la obra del gran novelista? quede este estudio para las plumas de oro que tan doctoralmente afrontan este tema, pues no es ahora mi intención pisar a nadie los callos, cosa por cierto muy desagradable. A las estatuas me atengo, que por algo son de piedra. Y de ésta de Don Benito puedo decir que sus relaciones con el mar son pésimas. Es un crimen colocar junto al mar una estatua que, tal como la concibió el artista,—y conste que la concibió y ejecutó magistralmente, como él suele hacerlo—parece que padece reuma.

Sabido es que tenemos dos puertos o muelles. Así, al menos, figuran en las estadísticas y proyectos: «Puertos de la Luz y de Las Palmas». El de la Luz es activo. Se halla en plena faena. Al de Las Palmas sólo arriba alguna lancha motora o alguna barca de pesca. Se halla en plena decadencia, o, si se me permite la expresión, el muelle de Las Palmas es un muelle jubilado. Se ha convertido en recreo de los ciudadanos. Una especie de válvula por donde penetra el yodo marino en los pulmones cansados de trabajar o de estar quietos.

El muelle de Las Palmas es una supervivencia. Un apéndice artificial de la ciudad. Puede considerarse también como prolongación del Parque de Cervantes. Y tiene, en verdad, un carácter poético, ya que ha superado los

linderos de lo útil y necesario. Lugar, por consiguientemente, apto para el emplazamiento de la estatua de un literato.

Veamos si ha sido del agrado de Don Benito, al que abordamos en medio de la soledad de la noche y de las olas.

—¿Sería usted tan amable, Don Benito, dándome sus impresiones del tiempo de su vida de piedra en este viejo muelle?

—¿Mis impresiones? Veo que viene usted de buen humor. La vida no merece la pena de tomarla de otra manera. ¡Mis impresiones! Una estatua no se impresiona fácilmente. Tengo, desde luego, impresiones físicas e impresiones de carácter espiritual. ¿Se extraña? Verá. Mi impresión física más apremiante es este aire del mar que me roe, me come, me deshace. Es un tormento horrible. A pesar de la manta que guarda mis piernas, el yodo me llega hasta los tuétanos, y voy camino del nihilismo. ¡Para que digan que he sido un realista exagerado! En cuanto a mis impresiones de tipo espiritual créame que son bastante pesimistas. Me visitan gentes de todas clases, algunas de las cuales apenas me conocen de nombre. Hay quien echándose las de sabio me llama «el Abuelo». ¡Yo, abuelo! No sé si será por mi aspecto venerable, porque mis obras no las ha visto ni por el forro. Otros se permiten algún chiste como éste: «Pobre Don Benito qué frío pasará!» Nadie me ofrece un ramo de flores, de las que gustamos tanto las estatuas. Y no hablemos de los niños, a los que siempre tuve afición. No son niños, sino chiquillos que se permiten a mi alrededor un vocabulario soez, cuando no me toman como lugar de refugio para sus juegos y otras cosas.

La vida de piedra tiene algunas ventajas, entre las cuales no es la menor el estar insensible para la estupidez humana; pero tiene uno las sensaciones tan desarrolladas

—el olfato es un sentido tan primario que aún las estatuas le conservamos—que pasa uno muy malos ratos.

—De las escenas que diariamente presencia ¿podría usted sacar materia para alguna novela?

—Veo que tiene usted una opinión muy vulgar de la novela. Yo hice novelas de altura, señor mío. Novelas de recia arquitectura. Y con verdadero nervio en su acción. Supongo que se refiere usted a los idilios sentimentales, ridículos a más no poder, que se desarrollan por esos bancos. Confieso que me gusta el realismo; pero el realismo literario que usted admira en Cervantes, por ejemplo. Pero ese realismo burdo que algunas veces veo desde mi atalaya, me produce náuseas. Más que de un novelista, necesita de la rígida vara de un guardia urbano. Eso, en frase vulgar, no es otra cosa que escenas de cine de barrio al aire libre. O si a usted le parece, materia para novelones de media peseta.

—¿Siempre tuvo usted este criterio estético?

—Siempre. Jamás confundí el arte con la chabacanería y la grosería. A veces, el público y el ambiente de mi época, que como usted sabe se hallaba bastante estragado, me obligaron a descender al realismo exagerado; pero conste que siempre he tendido a ver y pintar las cosas con arte e idealidad, aunque al decir de muchos críticos no siempre lo consiguiera.

—¿Alguna anécdota?

—Puedo contarle muchas. Desde este sitio se ven muchas cosas y muchos casos. Hubo un tiempo en que algunos escritores noveles tomaron mi monumento por una meca. Venían a aquí. Se sentaban en esos bancos y me dirigían lánguidas y piadosas miradas, seguramente en súplica de inspiración. Había que verlos, estilográfica en mano, unas cuartillas sobre una carpeta, y ésta sobre las rodillas, esperando que yo les soltara la palomita del espíritu santo. ¡Pobrecillos! Y así horas y horas. Yo desco-

nocía que estuviera dotado de virtudes mágicas. Pero, créame, me daban ganas de levantarme y hacer uso de mis extremidades...

Otra vez fué una pareja de novios que se empeñaba en seguir a la letra las escenas de mi «*Marfanel*». A él no se le caía de la boca el nombre de Nela.—Nela, Nelita mía—le decía a ella, al mismo tiempo que me dirigía miradas llenas de almíbar, como esperando que el consabido Abuelo bendijera la felicidad de tan ridículos tórtolos.

—¿Su más intensa emoción, Don Benito?

—Fué una noche ya muy tarde. Y no crea usted que se trata de las olas del mar que en plena tempestad intentaban barrerme de este viejo muelle. Muy malos ratos, desde luego, me han dado las olas. Ni tampoco porque una nave, despistada, viniera a chocar contra estos bloques, dando con mis huesos en el suelo. Nada de eso. Se trata de una hoguera. Aún no he podido explicármelo. Unos muchachotes traen unos sacos de papeles, les prenden fuego cerca de mí. El ambiente era tranquilo y la humareda sube lamiendo todo el monumento hasta llegar a mis narices. No estornudé, porque mis narices son de piedra, pero el olor a chamusquina me mareó bastante, no pudiendo allá en mi interior menos de preguntarme cuáles habían sido mis relaciones con San Juan Bautista, al que suelen tributarse estos homenajes de hogueras.

—¿Desea algo, Don Benito, para los vivos que aún peregrinan por este pícaro mundo?

—No quiero perder esta calva ocasión que se me presenta. Diga usted por esos cenáculos literarios y, si le es posible, a los celtíberos, uno a uno, que no se empeñen en imitarme escribiendo Episodios Nacionales. ¿No se ha fijado usted en la ridiculez de esas imitaciones? Nada más soso, más pálido, más flojo que esos nuevos episodios que de vez en cuando aparecen por los escaparates de las librerías. Cervantes decía que Don Quijote nació para él.



Y yo, modestia aparte, digo que los Episodios se hicieron para mí y yo para los episodios. Y le digo esto, porque hay un imberbe que se pasa todas las tardes y parte de la noche sentado ahí o paseando por ese espigón, invocando todos los dioses del Olimpo, para escribir un episodio nacional titulado «Canarias». Materia no falta, y, por cierto, excelente, pero si Minerva se niega...

Ah, se me olvidaba. ¿Conoce usted el parrafito final del artículo «Añoranzas de Las Palmas de entonces» en la obra de Cirilo Moreno «De los Puertos de la Luz y de Las Palmas», publicada por el Gabinete Literario? Dice este señor que me pregunten a mí dónde están los puertos. ¿Si, eh? Pues muy sencillo. Donde él los colocó. ¿Es que se hacía algo aquí entonces donde no prevaleciera su doctoral opinión, según él nos cuenta con singular modestia? ¡En estas islas surge cada genio! ¿Qué hubiera sido de los hermanos Don Fernando y Don Juan sin la mano derecha de Don Cirilo? Seguramente, porque yo sé donde están los puertos, emplazaron en éste mi estatua y las pagaré aquí todas juntas. Pero mi sabiduría, según Don Cirilo, se extiende a algo más. «Pregúntesele—dice—a Don Benito, el escritor de fama mundial, donde está el episodio en los que hoy publica, y os mandaré a buscarlo con linterna de Diógenes, entre el montón de personajes de hampa y relatos lúbricos de verde subido que llenan el libro». ¡Oh castos oídos los de Don Cirilo! Es decir, que Don Cirilo renuncia a mi episodio sobre Canarias para que este nombre no se viese manchado con personajes del hampa y en relatos lúbricos. ¡Ah pillín! no te acuerdas cuando devorabas día y noche esos relatos y contabas los días y las horas que faltaban para la llegada de los barcos que los traían de la Península? ¡Linterna de Diógenes! ¿Qué más linterna que tus ojos codiciosos, Cirillín?

Y la voz de piedra cayó en profundo silencio y meditación. Esperé un rato, pero en vano. Meditando, medi-

tando abandoné el Parque, enfilé Triana. Al entrar en casa me dije: ¡Qué magnífico hubiera sido el episodio «Canarias» escrito por Don Benito!

## XVI

### EL BUSTO DE TOMAS MORALES

Más afortunado que Don Benito ha sido Tomás Morales. Su busto corona un parterre de flores y las brisas marinas le son más benignas. Por algo es el gran poeta del mar. Don Benito, a pesar de ser isleño, era hombre de tierra adentro y el mar le ha considerado como enemigo. En cambio Tomás respiraba a pleno pulmón, paseando por los malecones del puerto, contemplando las faenas marineras, a la llegada de los «monstruos jadeantes de los más remotos confines de la tierra». Morales ama el mar y quiere ser un «Lobo de Mar». No es un simple busto el monumento digno de nuestro gran poeta. Cierta que su proverbial modestia rima bien con un lugar recoleto y silencioso; pero no en este extremo del Parque de Cervantes, donde los visitantes apenas se dan cuenta de su existencia. Además, a este monumento le falta grandeza, le falta simbolismo, peca de sencillo. Si a Campoamor, en el Retiro de Madrid, le acompañan eternamente las Dolores; si a Becker en el Parque de Sevilla le prestan homenaje día y noche las Rimas ¿por qué a nuestro eximio poeta del mar no le tributan honores perpetuos los dioses marinos, Ninfas y Nereidas, Dóridas y delfines, como cortejo triunfal del dios Neptuno? Creemos que es hora ya de la erección de ese gran monumento, en medio de amplio estanque, en uno de los sitios más bellos de la Ciudad. Así lo exige nuestro honor y lo demanda el gran cantor del Atlántico.

Es curioso que de personajes con estatua tengamos

dos poetas: Cairasco y Morales. Lo que quiere decir que nuestro fuerte es la poesía. Dígalo sino el hecho de que aún nos quedan, francamente estatuable, algunos poetas. Y esto en paradoja con la categoría de ciudad comercial y utilitaria que en realidad somos. Es más. Se da el caso curioso de que poetas como Morales y Alonso Quesada han unido estos dos eslabones extremos, utilidad y belleza, cantando el maquinismo moderno, en sí bastante prosaico, los comercios de indios, la vida del oficinista, los afanes de lucro... que en su creadora imaginación se convierten en progreso y civilización. Es que para hacer poesía no hay otro secreto como amar y entusiasmarse con el asunto que se canta, aunque este sea utilitario y prosaico.

—¿Se halla—preguntamos al ilustre poeta—contento en su pedestal?

—Ya sabe usted que una vida de piedra no tiene voluntad. Cuando uno no puede mudar de suerte es gran sabiduría contentarse con lo que tiene. Este sitio no me agrada mucho, pero tiene cierto sabor isleño, que me compensa de algunos inconvenientes. Ese kiosco o sombrilla oriental, reduce enormemente mi campo de visión. Mejor sería que se fueran con la música a otra parte, llevándose ese tío vivo para distraer a los niños. Por otra parte es tan aburrido estar aquí día y noche, viendo pasar niferas y niños, soldados y estudiantes que huyen de las clases! Lo menos que puede pedir una estatua es el silencio. Silencio que no interrumpen sino voces amigas. En estas condiciones yo no sé cómo hay hombres que ambicionan estatuas, que se pasan las 24 horas del día acumulando méritos para que les erijan un simple busto después de su muerte, ¡Qué desengaño les espera! Soledad, incompreensión, abandono y, a lo más, la compañía de chiquillos y gentes ordinarias, incapaces de dialogar con uno, ni de levantar la cabeza para mirarlo. La sociedad en que uno ha vivido cree que pone una pica en Flandes confiando a

un escultor nuestra estatua. Terminada ésta, con mayor o menor éxito, se escoge un día. Acuden al lugar del emplazamiento las llamadas fuerzas vivas, que, a veces, más tienen de muertas que de vivas, se traen preparados unos discursos repletos de lugares comunes, que nadie atiende y en los que le levantan a uno bastantes calumnias, atribuyéndole cosas que jamás ha soñado, se tocan durante el acto en la charanga del lugar unas piecitas de música ligera, la comisión organizadora recibe plácemes, los más de ellos fingidos y protocolarios, se marchan a sus casas muy satisfechos las señoras y señores, la juventud de ambos sexos se queda dando unas vueltecitas alrededor de uno por si se encuentra algo o si alguien pica el anzuelo, y después... salud y santas pascuas. No es que las estatuas seamos pretensiosas. No es que anhelemos una presencia constante de los mejores ciudadanos y unos altares donde arda siempre un fuego sagrado, pero... ¿cree usted que para el trato que se nos da merece la pena de escribir versos o de descubrir mundos? Así he pasado yo años y años, recluso en este rincón, percibiendo a lo lejos los latidos de esta ciudad comercial, de esa calle de Triana que nadie ha cantado como yo, de esa vida agitada, alegre o triste, de mi gran ciudad, sin que nadie haya venido a compartir conmigo tan hondas emociones. Todo a lo lejos... pero en torno mío, nada, casi nada. Ni aún el silencio religioso que tanto solemos cotizar los poetas. Sólo alegra mi alma de canario la esquilita de la próxima ermita de San Telmo y el rumor cercano de mi mar. Pero, ¡cómo echo de menos la visita de algún viejo amigo, que sentado ahí, en esas sillas, me contemple en silencio meditativo! ¡También las estatuas, señor, tenemos alma!

—Tiempos idos...

Tiempos idos... ¡Ah, si supiera usted cómo añoro aquella tertulia de amigos! Alonso Quesada, Saulo Torón, Fernando González... A propósito de Fernando vea los

versos que le dediqué con motivo de la publicación de «Manantiales en la Ruta»:

*Ya sé que hay bravas gentes que desdeñan  
el verbo noble y la ideal medida:  
para esos pobres scres que no sueñan  
¡qué poca cosa debe ser la vida!*

¡Y son tantas las «bravas gentes» que no sueñan!

—¿Qué me dice usted de sus críticos?

—No soy de los que tienen más razones de queja. Desde luego, hay juicios muy pobres y deficientes; pero, en general, no se falta a la justicia. Toda crítica lleva en sí un sentimiento de inferioridad, que no siempre se puede disimular. Al crítico le falta la divina embriaguez de la creación. El crítico analiza, descompone, no crea. Por eso son *más* comprensivos los críticos que tienen ideas propias. ¿No se ha fijado usted en esos críticos negativos, que todo lo ven por cristales ahumados, que para ver los defectos emplean lupa y se hallan ciegos para las cualidades? A veces esta crítica negativa se disfraza de entereza de carácter y de valentía; pero esta valentía no es sino la cortina de humo, tras la cual se oculta la impotencia, cuando no la pobreza de espíritu. A veces he tenido que sufrir una crítica anodina, precisamente por mi condición de canario. Es lo que ha dicho usted que «para sentir toda la hondura, todas las dimensiones sentimentales de mis poesías hay que ser canario». ¿Cómo la pueden calibrar los que no lo son, y sobre todo los que se sienten en un plano de inferioridad?

—Si. No todos han comprendido la afirmación de Pe-  
mán de que usted es el «absoluto poeta del mar». Y por eso le colocan a la misma altura de otros poetas de tercero y cuarto orden, admirándose de que le consagremos algunas páginas a su estudio. Dígame ¿han comprendido los críticos su visión del mar?

—Sobre la visión del mar por los poetas hay cosas muy pintorescas. En mis ratos de silencio y soledad me ha servido muchas veces de solaz— ¿qué cosas no se le ocurrirán a una estatua que tiene tiempo infinito para pensar?— el ir enumerando los distintos nombres literarios que algunos críticos dan al mar al interpretar la visión de los poetas. Hay cosas muy sugestivas, que le ruego anote para que se ría un rato en las tertulias con sus amigos. Le colocan a uno una etiqueta, como si fuera un frasco de botica, y se creen que han puesto una pica en Flandes.

Anote.

1) **Mar camino.** Este **mar camino** fué descubierto durante los tiempos del barquero Caronte, y poco después de que el arca de Noé dejó de bogar a la deriva. Es un nombre muy eufónico. **Mar camino** suena en nuestros oídos algo así como **bar Fataga** o **bar topolino**. Dicen que le usó en sus escritos el pobre Homero y sus plagarios posteriores, o anteriores. No se extrañe. Hay quien ha sacado ya la patente de que le han plagiado **con anterioridad**. ¡Qué no será posible en esta era atómica!

2) **Mar aventura.** No se trata de la barca encantada del aventurero Don Quijote, en la que Sancho descubrió, al pasar la línea equinoccial, que los piojos seguían vivos y coleando, contra el parecer de sabios y aventureros; sino de Ulises, que hacía viaje a Itaca lentamente para poner a prueba la fidelidad de su esposa. Este **mar aventura** es el mar del navegante solitario.

3) **Mar de esperanza.** Tiene color verde. Tanto de día como de noche navegan por él muchos mortales, que, escribiendo, escribiendo, creen que están haciendo obras sensacionales, cuando lo que hacen es ponerse en ridículo.

4) **Mar metafórico.** Es el mar de los poetas de tierra adentro, unas veces desabrido y otras la mar de salado. El mar del Arcipreste de Hita, de Jorge Manrique, del autor de la Epístola moral y de mil otros que jamás vie-

ron las ondas. Es un mar que está al alcance de todo el mundo, incluso de Calderón, que jamás sintió mareo, a no ser en el estanque del Retiro. Por ese mar metafórico navegó Cervantes en su viaje al Parnaso en compañía de innumerables poetas, muchos de los cuales fueron convertidos en calabazas.

5) **Mar positivo.** Es un mar eufórico. Tiene el signo **más** sobre sus olas. Algunos le confunden con el Atlántico por aquello del **plus ultra**.

6) **Mar real.** Pocos poetas han visto este mar. Sus aguas son muy saladas, huele a marisco y nadie se escapa del mareo. Le cantan Viana, Benteo y alguna vez el prosaico Viera y Clavijo. Es un mar que no tiene nada de romántico, aunque por las noches ríela en él la luna y durante el día parece de plomo. Es el más que sienten los navegantes que van a Venezuela.

7) **Mar mitológico.** Tiene su origen en Neptuno. Los poetas le suelen poblar de delfines, nereidas y otros peces de menor tamaño. Es peligroso por sus Escilas y Caribdis y, especialmente, por las encantadoras sirenas.

8) **Mar en vocativo.** Es de tipo gramatical y se explica en las escuelas, recitando aquellos versos de Quintana:

*Calma un momento tus soberbias ondas,  
Océano inmortal...*

Se trata de un mar pedante a más no poder.

9) **Mar pictórico.** Algunos poetas se empeñan en hacer competencia a los pintores. Pintan el mar azul, verde, cenizo, gris, negro. Y luego le comparan con el color de los ojos de su amada, produciendo en el lector emociones la mar de sinceras.

10) **Mar dogal y mar gargantilla.** Esto sí que es canela. **Mar dogal.** Que me ahorquen si entiendo esto. A no ser que la metáfora tenga por base el caso del mar que circunda las islas. Que cerca, que aísla, que aprieta a los



solitarios poetas, hasta producir en ellos la melancolía del aislamiento. Dicen que comenzó el mar a ser dogal con Cairasco. ¡Pobre Cairasco! El esdrújuleando, esdrújuleando y sin saber que tenía el dogal al cuello. Ha sido necesario que vinieran los tiempos inventores de etiquetas para que alguien con **gargantilla** nos descubriera este dogal. ¿No es para reírse, amigo mío, el ver que ese mar, cuyas olas se oyen desde aquí, **el gran amigo de mis sueños**, haya sido llamado mar **dogal** y mar **gargantilla**? ¿Quiere usted más mares?

— Me gustaría saber cómo ve usted el mar a través de sus poesías.

— Se han dicho tantas cosas de mi mar. Pero lo más pintoresco es la división de mar en **positivo** y **negativo**. A mí me cuelgan el positivo. ¿Usted sabe lo que es un mar positivo? Dicen que yo soy **el cantor alegre de un mar positivo**. Algo así como un bardo canario, guitarra o timple al cuello, que recorre las calles cantando trovas a Neptuno, a las sirenas y delfines...

— Estoy pensando que usted en su vida de estatua tiene muy buen humor, y también que de este buen humor me voy a aprovechar, colocando esta original síntesis de los mares **como conclusiones** de una obra que escribí muy de prisa y sin que el lector se dé cuenta del sentido del mar en la poesía clásica y española. La síntesis de los mares poéticos que usted acaba de hacer es un broche de oro—¿me permite el lugar común?—que coronará mi precipitado trabajo.

— Cuento con mi permiso, pero haga constar que esa síntesis que hace mucho tiempo tengo en cuartillas, es mía y no suya, por si algún día con más tiempo y más medios económicos, puedo publicar una obra en que dé normas a los lectores de mi poesía sobre mi visión del mar.

—¿Nada más maestro?

—A pesar de mi síntesis no me llame **maestro**. Soy nada más que un alegre cantor del mar positivo.

—¿Una anécdota?

—Y a propósito de mi magisterio. Hace algunos años que un joven pálido, melencólico, de miradas lánguidas y desorientadas, le dió por sentarse todas las noches de diez a doce en esa silla delante de mí. Levantaba la vista de vez en cuando y la fijaba en mi busto. A veces hablaba muy bajo en tono dolorido. Otras veces daba unos suspiros muy hondos. Yo me hallaba intrigado por saber a qué obedecían visitas tan asiduas y meditaciones tan hondas y sentidas. ¿Sería poeta y venía aquí para meditar en mi presencia sus cantos? ¿Estaría atacado de romanticismo agudo y me había confundido con Becker? ¿O le daba lástima mi soledad y venía a hacerme compañía y llorar ingratiudes de los hombres? ¿Estaría falto de juicio y le había dado la manía de desahogar sus fingidas penas en mi presencia? Tal vez quiera hacerse poeta y seguir mis huellas. Esas miradas... Un día me dió pena, porque comenzó a llorar desconsoladamente. Me causó risa en cierta ocasión, al desenvolver un paquetito y comenzar a devorar un panecillo y unos plátanos. También los poetas comen—dije para mí.—Y así un día y otro, mientras le crecían las barbas, se aguzaba su nariz y la palidez se acentuaba en el rostro. No parecía que tuviera trazas de bohemio, ni tampoco de hombre preocupado por el quehacer poético, que venía a mí, a la luz de la luna, para pedirme una orientación.

Una noche sacó la cartera, le dió vueltas, sacó un retrato de mujer y comenzó a recrearse en él. Esto me sacó de dudas. Y, en efecto, cuando más extasiado estaba, se acercó a él una señora que le dijo: Pero, Roberto, ¡qué tonto eres! ¿No te has dado cuenta de que Elisa se está muriendo por tí? Anda, hijo, lo pasado, pasado. Vamos, ella te está esperando. El otro punto se mar-

chó anoche para la isla de Madera y no volverá más.

Mi supuesto devoto se levantó lánguidamente, siguió silencioso a la mujer que le hablaba y no le he visto más. Y así empecé y acabé mis lecciones de poesía. Está visto que no sirvo para maestro.

En el silencio de la madrugada la sirena de un gran transatlántico pedía práctico para entrar en el gran Puerto de la Luz.

## XVII

### EL MONUMENTO A DON AMBROSIO

Antes he mencionado la estatua de don Ambrosio Hurtado de Mendoza. ¿La estatua? No se puede hablar de estatua. El monumento emplazado en la Plazuela tiene que sufrir un análisis. Y se analiza así: Una columna cuadrangular que disminuye de grosor a medida que se eleva; un medallón en una de las caras, antes de rematar, con el rostro de don Ambrosio y una figura de mujer, algo panzuda, inclinada y con una palma en la mano en actitud de ofrecerla a don Ambrosio. Y todo ello, sobre un basamento más o menos elegante.

¿A quién representa la figura femenina en actitud deferente y de homenaje? A la Ciudad de Las Palmas, que, agradecida por la acertada gestión de su Alcalde, le ofrece la palma de la gratitud y del triunfo inmortal.

Es algo que se sale de lo corriente. El artista que creó este monumento quiso ser original y lo consiguió. Para un alcalde no basta un busto, ni una estatua. Este antropomorfismo greco-romano le pareció rutinario e incompatible con la unión íntima de un alcalde y su ciudad. La alcaldía es un sacrificio continuo de la personalidad en pro de la comunidad. El alcalde es el primer ciudadano y nada más. La ciudad lo es todo, aún en el terreno de la inmortalidad, o sea **post mortem**. Por eso, en el monumento de un alcalde la estatua no debe ser del alcalde, sino de la ciudad, quedando el papel alcaldil reducido a un simple medallón, como el medallón que el alcalde suele lucir sobre su pecho en las grandes solemnidades.

Nada hay en el monumento que nos sugiera la autoridad del alcalde, que como se sabe, consiste en un bastón de empuñadura más o menos afiligranada. Pero no importa. Podía la mujer--símbolo de la ciudad,—en lugar de una palma, ofrecerle un bastón. Pero ¿cuál de los dos símbolos es más expresivo, la palma o el bastón? La respuesta es muy sencilla, la palma. El bastón, supervivencia del haz de flechas de los romanos, es un atributo muy prosaico y muy común. Lo tienen todos los alcaldes del mundo. Lo mismo el de Nueva-York que el de Coria. Con la diferencia de que el bastón del alcalde de Nueva-York será de madera más fina, con pomo de oro e incrustaciones de piedras preciosas. En cambio el de Coria será de agreste acebuche. Pero ¿qué ciudades pueden ofrecer palmas a sus alcaldes? Ni Palma de Mallorca, ni Santa Cruz de La Palma lo pueden hacer con más razón que Las Palmas de Gran Canaria. Ese plural vale un Perú.

En este monumento, sin embargo, he encontrado para mi trabajo una gran dificultad. Como el lector habrá notado, he celebrado entrevistas con todas las estatuas y bustos. Una entrevista con una estatua o con un busto cabe dentro de lo posible y verosímil, según los cánones del arte; pero con un sencillo medallón ¿cómo se puede celebrar una entrevista? No obstante, la he celebrado. No he asistido ni pienso asistir a una sesión de espiritismo. Pero sé que durante ellas hablan las mesas, las sillas, las cortinas y hasta las paredes, que entonces suelen perder el sentido, en ellas tan agudo, del oído. ¿Hablan o hablan por ellas? Hay espíritus de carne y hueso que realizan maravillas. En un medallón no caben tales trucos. Al medallón, no obstante, se asoma el alma del personaje representado. ¿No se han fijado ustedes en una moneda, en una fotografía o en un simple sello de correos? La cara—dice un refrán—es el espejo del alma y con tal que haya quien dé la cara—condición que cada vez va desaparecien-

do—con tal que el alma se asome a unos ojos mensajeros del alma, habrá lenguaje para quien sepa entenderlo.

Ya sabemos cómo amaba Don Ambrosio a su ciudad, cómo gozaba al pasear por sus más típicos barrios, cómo se henchía de noble vanidad, al contemplar las obras por él realizadas.

—¿Es este de la Plazuela, Don Ambrosio, el sitio que hubiera usted elegido para eternizar su presencia en la Ciudad?

—Desde luego. Este es un sitio muy estratégico. Es el nexo que une a Triana con Vegueta, la ciudad nueva con la vieja, En realidad tiene más de Vegueta que de Triana, y, por eso, debo calificarlo como mi lugar predilecto. Marea el tráfico comercial de Triana y son demasiado recoletas las plazas de Vegueta. Este es un lugar intermedio, donde, día a día, puedo presenciar el paso de innumerables ciudadanos. En ello he tenido más suerte que Don Benito, que Tomás Morales, que Don Fernando, que el mismo Colón. Además, ya sabe usted que a mí me encantaba el pueblo, y esta plaza fué en otro tiempo la plaza del pueblo, que por eso se le llamó Plaza de la Democracia. ¡Se pronunció aquí cada discurso en los primeros tiempos republicanos! Y, cuando la primera división de provincia, el pueblo escogió esta plaza para celebrarla. Aquí corrían dos fuentes de ron, a donde los viandantes acudían para llenar de euforia sus espíritus. No sé si como recuerdo de ese líquido cubano se han construido esos estanques, donde las ranas, de vez en cuando, vomitan hilillos de agua...

—Pero ¡esas lonas, esas tertulias...!

—A la hora de la siesta algo me molestan. Pero, créame, me gusta enterarme de todo lo que pasa en el mundo y, especialmente, en la ciudad. Fui siempre hombre a quien le gustaba conocer la opinión pública—como debe serlo todo el que pretende ser un buen alcalde—y estas

tertulias todo lo comentan, todo lo dicen y discuten. Este es el pueblo verdadero, pueblo triste o alegre, murmurador o bullanguero, cuyos deseos, ideas y sentimientos para un alcalde son muy valiosos. ¿Cree usted que un alcalde puede ser una providencia para la ciudad, como esta providencia invisible que yo ejerzo, sentado detrás de una mesa, firmando oficios y resolviendo expedientes, como un burócrata? Si algún acierto tuve en mi gestión es porque personalmente oía y procuraba atender las necesidades de mis conciudadanos.

—¿Le gustó la reforma del puente?

—¿Cree usted que a un alcalde con sentido de la realidad y de lo tradicional puede gustar lo hecho con el Puente de Verdugo? Hay alguna diferencia entre la piedra y el archiprosáico cemento. Si se quería hacer reformas, porque las necesidades del tráfico así lo exigían, debió haberse conservado el carácter antiguo, aquel sabor a antigüedad del clásico Puente de Piedra. Este de ahora es un puente cualquiera... Menos mal que se han conservado las estatuas...

—¿Se ha dado usted cuenta de la transformación de la Ciudad?

—Si. Ahí, bajo esos toldos se cuenta todo. Se han hecho cosas muy buenas. Pero no siempre ha dominado un criterio de buen gusto y respeto para ese carácter y ese sello peculiar que tanto nos honra y nos distingue de cualquiera ciudad de la Península. El criterio de utilidad ha triunfado con bastante frecuencia. Por lo demás es admirable la limpieza de las calles asfaltadas, la potencia del alumbrado, el servicio de aguas, que tantas preocupaciones me costó, los transportes... Por cierto, que estas tertulias hacen muchos chistes de las «guaguas». En mi tiempo teníamos tranvía y creíamos que este sistema era el más cercano a la perfección. No nos faltaba sino el metro. Pero, un buen día, oí decir que los tranvías habían des-

aparecido y habían ido a parar a no sé que ciudad de la Península. Desde entonces no se oye hablar sino de «guaguas», de paradas, del vámos de los cobradores, de las colas...

—Conserva usted el humor isleño.

—¡Humor isleño! Ay, amigo mío, lo isleño va desapareciendo y los isleños casi estamos ya en minoría. Lo que me molesta de estas tertulias es que no se oye a veces el acento canario. Los mismos isleños parece que lo van perdiendo. No es que padezca de xenofobia; pero ¿qué dirían los granadinos o los madrileños si se diesen cuenta de que van perdiendo sus tradiciones por influjo de una invasión de gaditanos o de vascos? Ese es nuestro caso. Los elementos extraños deben ser asimilados por nosotros, sin pérdida de nuestra personalidad canaria. No parece sino que nos da vergüenza el usar y hacer prevalecer nuestro ser y carácter. El día que un individuo, una región o un pueblo pierde su personalidad ha dejado de existir.

—¿No cree usted en la transfusión de sangre?

—Eso estará bien en medicina y, aún ahí, se emplea en contados casos. En el orden étnico y social, las mezclas no suelen ser buenas. Es muy discutible la teoría de Ortega y Gasset sobre la superioridad de la sangre de la raza goda, gracias a la cual, según él los españoles tenemos algo de europeos.

—¿De manera que cree usted que Africa no comienza en el estrecho de Gibraltar?

—No, señor. Africa comienza en el cabo de Buena Esperanza. ¿Se atreve alguien a negarlo?

—¿Alguna anécdota?

—¿De mis tiempos de alcalde o de mi vida de piedra? Cuando me posesioné de la Alcaldía me encontré con una lista de señores que figuraban en nómina; pero que no ejercían oficio alguno. Es decir, eran barrenderos, jardineros y hasta oficinistas que no parecían por el Ayunta-



miento sino a primeros de mes. Era cosa de risa ver cobrar los haberes de barrendero a unos tipos muy finos y bien plantados. Pero yo me propuse darles el espantón y se lo dí. Ordené al interventor que suspendiera todas las nóminas de estos parásitos. Uno de ellos después de muchas visitas inútiles se acercó un día al interventor y le dijo muy imperioso:—Oiga usted, ¿qué se necesita para cobrar en esta casa?—El interventor, con mucha filosofía, le contestó: **Trabajar.**

De mi vida de piedra recuerdo a aquel campesino que se quedó un día alelado mirando hacia este monumento, y, al fin, dijo refiriéndose a la figura de mujer que me ofrece la palma: ¡Caramba, Don Ambrosio, vaya «jembra» que se ha conseguido usted para que le ataje las moscas!

—¿Y su mayor emoción?

—Usted recordará muy bien cuando el lecho del Guiniguada se convirtió en jardín. ¡Qué comentarios más sabrosos se hicieron con tal motivo! Y, sin embargo, no se puede negar que dicha iniciativa obedeció al buen criterio de evitar a la ciudad, en sitio tan concurrido, paisajes y olores desagradables, aunque se podía fácilmente comprender que, tarde o temprano, el barranco volvería por sus fueros. Y volvió. Una noche vino un turbión que se llevó el jardín al mar, dejando apenas unas huellas de su efímera existencia. Al siguiente día un poetilla pedante, en actitud académica, pudo exclamar desde esos muros; **¡Estos, Fabio, ay dolor qué ves ahoral...**

De impresiones dolorosas y indignación no he sufrido ninguna que me haya afectado tanto como cuando se trató de aprovechar el espacio del Guiniguada para solares y levantar edificaciones sobre él. Cuando dí el primer azadazo de los obreros abriendo los hoyos, esta columna se estremeció, pues intenté dar un salto y asomarme a los muros del barranco e insultar a los trabajadores. Es intolerable que se quiera envolver las ciudades con bóvedas

de cemento por todas partes, sin dejarle aire y espacios libres para respirar.

Después de este desahogo, el rostro de nuestro gran alcalde volvió al silencio y yo me fui a casa pensando que alcaldes como éste son ángeles tutelares de nuestra ciudad.

## XVIII

### EN BUSCA DE ESTATUA

—Vengo para que me «interviue», o para que me «entreviste».

—¿Es usted estatua?

—Pienso serlo.

—¿O sea que es usted una estatua posible?

—Eso es.

—¿Y está haciendo méritos para ello?

—Sí, señor, y muy importantes.

—¡Ah!, muy bien ¿Es usted acaso filántropo? ¿Político? ¿Artista? ¿Literato? ¿Poeta? ¿Ha descubierto algún microbio? ¿Se ha lanzado usted al agua o al fuego por salvar algún ser humano?

—Nada de eso. Soy un ciudadano honrado, que cumplo todos mis deberes. No hablo mal de nadie. No robo ni «estraperleo». Como cuando tengo qué comer y ayuno si no tengo nada. Soporto las impertinencias de mi mujer. Educo a mis hijos haciéndoles el gusto en todo.

—Todo eso es admirable; pero por ese camino no llegará a estatua. Para ser estatua se necesitan dos condiciones: primera, llamar la atención de nuestros conciudadanos; segunda, que estos conciudadanos quieran.

—¿Es que los hechos enumerados no han llamado ya la atención?

—No sé. No sé. Tal vez lo de no «estraperlear...» o lo de soportar los histerismos de su señora. En cuanto a lo de hacer el capricho de sus hijos, eso es tan corriente...

—Entonces ¿qué me aconseja usted?

—Hay que hacerse célebre de algún modo. Levántese un día de buen humor y empiece a romper escaparates en Triana. Al día siguiente estará su nombre en los periódicos. Y si le llevan al cuartelillo, exija usted la presencia de los periodistas. Es su hora. Les dirá usted que piensa escribir una epopeya sobre el descubrimiento de América, que deje a Homero **pequeñito**. O que ha pedido mármol a Fuerteventura para **siucelar** una estatua a Unamuno. O que piensa pintar un cuadro que simbolice el Atlántico. O que piensa hacerse procurador en Cortes para traer a su querida tierra canaria la felicidad, huida de aquí desde los tiempos de la golosa Eva.

—No  **siga**. Me llevarían los guardias al manicomio y se acabarían los sueños.

—¡Ah!, ¿pero es que usted piensa **ser estatua** sin afrontar el ridículo, antecedente y principio de todo heroísmo? Pues...

—Es que con actitudes y con sueños no se consiguen estatuas.

—Como no se consiguen estatuas es haciendo de buen padre de familia. ¿Conoce usted alguno que la haya conseguido?

—Me **hace** usted dudar.

—Claro, hombre, claro.

—Entonces, ¿cree usted que el **quid** de las estatuas está en hacer castillos en el aire?

—Le diré. No creo que por hacer castillos en el aire le hayan erigido estatuas a Colón, Don Benito, Cairasco; pero hay que empezar por ahí. Las cosas hay que pensarlas y soñarlas antes de llevarlas a la realidad.

—Me da **usted** una solución. Empezaré hoy mismo a hacer proyectos, que es ponerme en camino de ser estatua. Procuraré decir en mis tertulias de la Plazuela y del Gabinete, y a cuantos tropiece en la calle: estoy muy ocupado, no me queda un rato libre. Y de camino les insi-

nuaré que estoy escribiendo «La Canariada», poema épico en 50 cantos.

—También puede decir que se ocupa de una Enciclopedia Universal.

—¡Ah!, sí. Y que son mis colaboradores Maimónides, Menéndez Pidal, el Marqués de Hijada, Pedro Chicote y muchos doctores y Licenciados canarios y extranjeros. Claro que mi papel sería de mera dirección y recepción de trabajos...

—También puede enviar a la prensa una «entrevista» simulada, en que, acosado por los periodistas ha declarado que ya tiene el argumento de diez novelas, cuatro dramas, y que para su lectura piensa fundar un Club de artistas y literatos, para incrementar el compañerismo, prevenir histerismos literarios, y fomentar la cultura medieval.

—Hombre, se me ocurre una idea.

—Usted dirá.

—En ese Club contaría usted, su fundador, una Peña de amigos incondicionales a los que ganaría con palmaditas en el hombro, con buenos habanos y con promesas de prosperidades futuras para que se apresten a rechazar una propuesta de un cariñoso amigo suyo, en el sentido de levantarle una estatua en una de las plazas vacantes en la ciudad. Ellos entonces dirían que de ninguna manera. Que están muy de acuerdo con la idea y que lo de la estatua es algo muy merecido. Usted haría protestas y al fin diría que haría un sacrificio por la buena armonía del Club y el ornamento de la ciudad.

—¡Maravilloso! Ya casi estoy viendo mi estatua. ¿No se le ocurren a usted sugerencias para el escultor de mi estatua?

—Ya lo creo. Su elegante imagen podría presentarse vestida de frac sobre un pedestal de diez metros de altura y en actitud de penseroso. A ambos lados de esta figura principal, un ciudadano y una ciudadana con sendos

incendarios, que despiden humaredas, símbolo de sus grandes sueños, y, sobre su cabeza, un gran farol cuadrangular.

—Hay en esta sugerencia, sin embargo, un pequeño defecto, y es que como los canarios son tan proclives al apodo, en seguida bautizarían mi estatua con el nombre: **Don Gumersindo el farol.**

—Eso, en estos tiempos no tiene importancia. No será usted, a buen seguro, el primer «farol» con estatua.

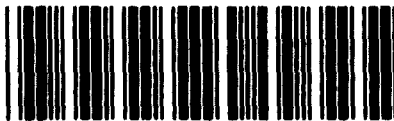
## INDICE

	<u>Págs.</u>
ADIOS, LIBRITO MIO . . . . .	5
I. Apéndices y supervivencias . . . . .	9
II. Dies Jovis . . . . .	12
III. Sobre mi estilo . . . . .	15
IV. Eso, no . . . . .	18
V. ¿El sexo o el seso? . . . . .	22
VI. Historia de una arenita . . . . .	24
VII. ¿Xenias o Xabecas? . . . . .	27
VIII. La ciencia de la geología o la geología de la ciencia . . . . .	31
IX. ¿El volcán de San Juan? . . . . .	34
X. Las últimas consecuencias . . . . .	37
XI. De las estatuas en general . . . . .	40
XII. El busto de Colón . . . . .	43
XIII. El busto de Cairasco . . . . .	48
XIV. La estatua de Don Fernando . . . . .	53
XV. La estatua de Don Benito . . . . .	59
XVI. El busto de Tomás Morales . . . . .	65
XVII. El monumento a Don Ambrosio . . . . .	74
XVIII. En busca de estatua. . . . .	81
Indice . . . . .	85





ULPGC.Biblioteca Universitaria



\*777597\*

BIG 860-3 SOC rat